

SOCIALIZACIÓN DE LA SOCIEDAD

Augusto Bebel

LA TRASFORMACIÓN

EL ESTADO SOCIALISTA

Terminada la expropiación de los medios de producir, se crean a la sociedad nuevas leyes. Las condiciones de vida, el trabajo para los dos sexos en la industria, en la agricultura y el comercio, en la educación, el matrimonio, la vida científica, artística y de la sociedad la existencia humana, en suma, cambian radicalmente. La organización gubernamental pierde poco a poco su terreno propio. El Estado no es más que la organización de la fuerza para el sostenimiento de las condiciones actuales de la propiedad y del poder social. Luego la supresión de las condiciones presentes de la propiedad implica la supresión de toda superioridad y de toda inferioridad sociales, y la expresión política de éstas no tiene sentido alguno. El Estado cesa cuando desaparece la sujeción, como la religión desaparece cuando se extingue la fe en los seres sobrenaturales o en las fuerzas abstractas dotadas de razón. Las palabras deben tener un significado: si le pierden, cesan de expresar sentimientos.

Si -objeterá acaso algún lector imbuido de ideas capitalistas y desconcertado-, todo esto es hermoso y está muy bien; pero ¿con qué “título” la sociedad quiere realizar tales transformaciones? Con el mismo título que se han realizado hasta el presente modificaciones y reformas: el bien general. La fuente de Derecho no es el Estado, sino la sociedad; el Estado es el encargado de administrar y distribuir el Derecho. La sociedad no se ha movido hasta aquí sino por los esfuerzos de una débil minoría; pero ésta procedió siempre en nombre de toda la sociedad, en nombre del pueblo, haciéndose pasar por toda la sociedad, lo mismo que Luis XIV se tenía por el Estado, diciendo: “el Estado soy yo”. Cuando los periódicos dicen: “comienzan las reuniones de la sociedad”, “la sociedad regresa”, o bien: “el invierno toca a su término, la sociedad se marcha a veranear”, no comprende al pueblo sino a los ocho o diez mil individuos de las clases superiores que representan a la “sociedad”, como Luis XIV representaba el “Estado”. La masa es la plebe romana, la canalla, la vil multitud; el “pueblo”, en una palabra. En razón de este mismo hecho, todo cuanto en la historia ha sido emprendido por el Estado no se hizo en vista del bien general, pues siempre se hicieron y se aplicaron las leyes en interés de estas clases. *Salus reipublicae suprema lex est*, es una máxima bien conocida del Derecho de la antigua Roma. Pero, ¿quién representaba la República romana? ¿Los pueblos sujetos? ¿Los millones de esclavos? ¡No! Era el pequeño número muy desproporcionado, de los ciudadanos romanos, y en primer término, de la nobleza romana, que se hacía mantener por los que tenía bajo su yugo.

Cuando la nobleza y los príncipes de la Edad Media querían el bien de la colectividad, lo hacían “por la ley”, en “interés del bien general”. Cuando la Revolución Francesa expropió de sus bienes a la nobleza y al clero, lo hizo “en nombre del bien general”, y siete millones de pequeños propietarios, principal sostén de Francia, encontraron aquí su origen. En nombre del “bien general” España secuestró en diversas veces las propiedades de la Iglesia e Italia las confiscó por completo, con aplauso de los más celosos defensores de la “propiedad sagrada”.

* Digitalización: KCL.

La nobleza inglesa “ha querido” durante siglos el bien del pueblo inglés y del pueblo irlandés, y de 1804 a 1831 se hizo dar legalmente la propiedad individual de no menos 3.511.710 acres de tierras comunales. Y cuando la gran guerra esclavista de los Estados Unidos se dio libertad sin indemnización a millones de esclavos que eran “legítima” propiedad de sus amos, todo se hizo en interés del “bien general”. El progreso burgués es una serie no interrumpida de expropiaciones y confiscaciones: el fabricante absorbe al obrero, el gran propietario al labrador, el gran negociante al pequeño mercader, y, en suma el capitalista a otro capitalista. Y si escuchamos a la burguesía, todo se realiza en “bien general”, en “interés de la nacionalidad”. Los Napoleones del 18 brumario y del 2 de diciembre “salvaron” a la “sociedad”, y la “sociedad” los felicitó. Cuando en su porvenir próximo la sociedad se salve a sí misma, realizará su primer acto sensato, porque no trabajará para oprimir a unos en beneficio de otros, sino para dar a todos igualdad en las condiciones de vida, para hacer posible a cada uno una existencia digna del ser humano. Esto será la medida más moralmente pura y más grandiosa de que la sociedad haya sido jamás objeto.

Si consideramos, sin embargo, el aspecto que la aplicación de esta medida hará adquirir a las cosas en los diferentes dominios de la actividad humana, es con todo evidente que no se pueden fijar límites definitivos en esta cuestión ni establecer reglas ineludibles. Nadie puede entrever hoy en detalle hasta qué punto las generaciones del porvenir fijarán su situación, ni de qué manera proveerán a la satisfacción de todas sus necesidades. Los elementos de la sociedad están en continuo movimiento; unos vienen, otros van, y lo que perece o es viejo queda reemplazado por la mayor virtualidad por lo nuevo. Se realizan una porción de inventos, de perfeccionamientos de todo género, que comienzan a funcionar revolucionando y transformando las condiciones de la vida humana y de la sociedad.

No se trata, por el momento, sino del desarrollo de principios generales cuya disposición sale del pasado mismo y cuya aplicación se puede entrever desde luego. Si la sociedad, lejos de ser como hasta aquí, un ser automático, dejándose guiar y conducir por individuos -"se creen ha hacer marchar a los demás, y son los demás quienes los hacen marchar"-, fuera por el contrario, un organismo cuyo desarrollo se realizara según leyes inmanentes y precisas todo gobierno dependiente de la voluntad de uno solo debe ser desde luego completamente suprimido en lo porvenir. La sociedad ha penetrado el secreto de su propia existencia, ha descubierto las leyes de su evolución y las aplica desde luego con conocimiento de causa a su desarrollo.

“EL QUE NO TRABAJA NO COME”: PLANIFICACIÓN DEL TRABAJO

Una vez la sociedad en posesión de todos los medios de producción, no siendo posible la satisfacción de las necesidades sin el trabajo correspondiente, como ningún ser válido y capaz tiene derecho a reclamar que otro trabaje por él, la primera ley fundamental de la sociedad socialización que es la igualdad en el trabajo debe ser a todos impuesta sin distinción de sexo. El aserto de ciertos adversarios malévolos, que pretenden que los socialistas no quieren trabajar y tratan en lo posible de suprimir el trabajo -lo que es un contrasentido- se vuelve contra ellos mismos. No puede haber ociosos sino allí donde hay alguien que trabaja para ellos; este *hermoso* estado de cosas es el que actualmente existe, en beneficio por cierto, de los más encarnizados adversarios del socialismo. Este plantea un principio: “Quien no trabaja no debe comer”. Pero el trabajo no debe ser únicamente simple gasto de actividad; debe ser también trabajo útil y productivo. La sociedad nueva pide que cada uno se consagre a una función industrial, profesional o agrícola, que le permita auxiliar a la creación de la cantidad de

productos necesarios para la satisfacción de las necesidades corrientes. *Ningún goce sin trabajo; ningún trabajo sin goce.*

Pero desde el momento que todos quedan obligados a trabajar, todos tienen al propio tiempo interés en realizar el trabajo en tres condiciones: 1ª. Que sea moderado, no excesivo para nadie y su duración corta; 2ª. Que sea todo lo variado y agradable posible, y 3ª. Que sea tan remunerador como se pueda, porque de ello depende la medida del bienestar.

Estas tres condiciones dependen del género y de la cantidad de las fuerzas productivas disponibles y de las exigencias de la sociedad por manera de vivir. Como la sociedad socializada no se forma con objeto de vivir al modo de los proletarios, sino por el contrario, para liberar a la mayor parte de los seres humanos del género de vida proletario y para hacer accesible a cada uno y en la mayor cantidad posible los goces de la vida, la cuestión es saber el término medio de las exigencias sociales.

Para ello es preciso instituir una administración que comprenda todo el campo de acción de la sociedad. Cada municipio constituye desde este punto de vista una base práctica, y allí donde los Municipios sean extensos que resulte difícil abrazar todos los detalles, se les dividirá en distritos. Todos los habitantes del Municipio llegados a mayor edad, sin distinción de sexo, toman parte en las elecciones municipales y eligen las personas de confianza que han de dirigir la administración. A la cabeza de todas las administraciones locales se coloca la administración central, que, entendiéndose bien no será un gobierno preponderante, sino simplemente una administración encargada de dirigir los asuntos.

¿Debe la administración central ser nombrada directamente por sufragio universal o bien por las administraciones municipales? Nada nos interesa, pues es punto que hoy no nos urge resolver. Se dará poca importancia a este género de cuestiones, porque no se trata de desempeñar cargos que reporten honores especiales, no honorarios elevados, sino solamente de desempeñar puestos de confianza, para los cuales se elegirá a los hombres y mujeres más capaces, que serán reelegidos o reemplazados según la voluntad y el voto de los electores. No pudiendo estos puestos ser ocupados por cada uno sino durante un tiempo dado sus titulares no podrán tener un carácter especial de “empleados”, porque además faltaría a los puestos que ocupen la cualidad de durables y la posibilidad de ascensos, y, sobre todo, no habrá orden jerárquico. En razón del punto de vista en que nos hemos colocado, es indiferente saber si entre las administraciones, central y local deben establecerse grados inmediatos, tales como administraciones provisionales, por ejemplo. Si se las juzga necesarias, se las establecerá; si se las cree inútiles, se las dará de lado. Las necesidades prácticas decidirán. Si los progresos realizados hacen superfluas las viejas organizaciones, se les suprimirá sin estrépito ni debate, puesto que no habrá en litigio interés personal alguno y se crearán otras nuevas con la misma facilidad. Como se ve, este género de administración difiere radical y esencialmente del de hoy. ¡Qué de polémicas en periódicos, qué de luchas oratorias en Parlamentos, qué de expedientes por la menor reforma administrativa!

Lo esencial entonces es establecer la cifra y las fuerzas disponibles, la cifra y los medios de producción, de las fábricas, de los talleres, de las tierras, etc., y de su capacidad de rendimiento anterior, y después calcular los aprovisionamientos y las necesidades de los diversos géneros y objetos de consumo, según las necesidades medias de la población. En todas estas cuestiones la estadística representa un papel esencial, resultando la más importante de las ciencias auxiliares, porque suministra la medida de toda actividad social.

La estadística es actualmente aplicada con amplitud a objetos análogos. Los presupuestos del Estado, de los Municipios, se basan en gran número de datos estadísticos anualmente renovados en cada una de las ramas de la administración. Una experiencia más larga y cierta estabilidad en las necesidades corrientes harán más fácil el establecimiento de esta estadística.

Así, todo director de una fábrica, todo comerciante, se encuentra en condiciones en las circunstancias normales, de determinar exactamente cuales son las necesidades en el próximo trimestre, y de qué manera deber ser igualadas la producción y las compras. Si no se producen cambios anormales, se puede hacer frente a la producción y a las compras fácilmente y sin gran trabajo.

La experiencia del hecho de que las crisis son la consecuencia de una producción ciega, es decir, que se deben al desconocimiento de los aprovisionamientos, de las salidas, de las necesidades de los diversos artículos en los mercados del mundo, ha conducido, por ejemplo hace años, a los productores de hierro de diferentes países, a unirse, a establecer una estadística exacta de sus existencias en almacén, cantidades que pueden fabricar, su salida probable, fijando de esta suerte lo que cada fábrica debe producir durante los meses sucesivos. Toda infracción a este convenio es censurada y se castiga con una pena convencional. Los patronos establecen estos tratados para evitarse daños y quebrantos; pero sin acordarse de sus obreros, que unas veces trabajan más y otras menos. El comercio posee también estadísticas completas. Cada semana los grandes mercados y los puertos dan un cuadro de sus existencias en petróleo, café, azúcar, algodón, cereales, etc.

Estas estadísticas, en verdad, son en gran parte inexactas, porque los detentadores de los géneros tienen con frecuencia interés personal en que no se conozca la verdad. Pero en general, se acercan a lo exacto, y dan a quien le interesa una idea de la manera de conducirse durante un lapso de tiempo determinado. Asimismo, en todos los estados civilizados se ha comenzado a establecer estadísticas de las cosechas, y cuando se sabe la tierra que puede ser sembrada con una cantidad de cada grano, se puede calcular aproximadamente el término medio de la cosecha, pudiendo así establecer el precio del trigo de un modo muy cercano a lo exacto.

Cuando en una sociedad socializada, el estado de cosas sea mejor ordenado; cuando todo siga un orden y un plan determinados; cuando esté organizada la sociedad entera; será bien fácil levantar una escala de las diversas necesidades, y cuando se adquiera alguna experiencia, todo irá como sobre carriles.

Comparando la estadística de las necesidades, establecida según las circunstancias y las diversas ramas del trabajo con la capacidad productora actual de la sociedad, se obtiene el término medio del tiempo que es preciso consagrar cada día al trabajo para satisfacer las necesidades de la sociedad.

LA INICIATIVA INDIVIDUAL

Cada individuo determina por sí mismo la ocupación a que quiere consagrarse y el gran número de las diversas ramas del trabajo permite tener en cuenta las vocaciones más distintas. ¿Se produce un excedente de brazos en tal ocupación con desventaja para otra? La administración se encargará de establecer el equilibrio. A medida que todas las fuerzas se dediquen al trabajo, los rodajes funcionarán con mayor facilidad. Cada cuerpo de oficio y sus ramificaciones eligen sus coordinaciones a quienes incumbe la dirección. No son vigilantes, como la mayor parte de los actuales inspectores y directores de trabajos, sino simplemente compañeros que ejercen la función administrativa de que se les encarga, en vez de llenar una función productiva. No es preciso decir que, por consecuencia del perfeccionamiento en la organización y de la elevación del grado de instrucción de todos los miembros de la sociedad, estas funciones serán

alternativas y todos las realizarán a su vez, sin diferencias de sexos y por intervalos determinados.

Es evidente que con el trabajo organizado de esta suerte, sobre la base de la plena libertad y de una igualdad absolutamente democrática, cada cual es la garantía de los intereses de todos y de cada uno; se despiertan los más elevados sentimientos de solidaridad, se animan los corazones con un alegre amor al trabajo y nace una emulación tal, cual no puede encontrársela en el actual sistema de producción.

Además, cada individuo y la misma colectividad, desde el momento en que cada uno trabaja para todos y recíprocamente, tienen interés en que todo se produzca, no sólo lo más perfectamente posible, sino también rápidamente, bien para economizar horas de trabajo, bien para ganar el tiempo necesario para crear nuevos productos destinados a satisfacer exigencias de orden cada vez más elevado. Esto induce a cada cual a pensar en el perfeccionamiento, en la simplificación y en la aceleración de los procedimientos del trabajo. La ambición de hacer descubrimientos e invenciones llegará al más alto grado, y habrá verdadera emulación para sobrepujar a los demás en proporciones e ideas nuevas¹.

Se produce exactamente lo contrario de lo que pretenden los adversarios del socialismo cuando de él hablan. ¿Cuántos inventores no ha dejado el mundo burgués hundirse en la ruina? ¿Cuántos no ha explotado para darlos de lado en seguida? Si el talento y la inteligencia fueran el cerebro en el mundo burgués, ¿cuántos patronos no deberían ceder la plaza a sus obreros, capataces, técnicos, ingenieros, etc.? Son éstos quienes en el 99 por ciento de los casos realizan las invenciones y los descubrimientos y crean los perfeccionamientos que el hombre cargado de dinero explota en seguida. Es completamente imposible calcular el número de inventores y autores de descubrimientos cuyos afanes han sido perdidos por no haber encontrado el hombre que les proporcionara los medios de aplicación; ¿y cuántos otros no habrán sido y serán ahogados en germen por el peso de la miseria social y de la lucha por el pan cotidiano? No son las gentes de espíritu lúcido y penetrante, sino los que cuentan medios abundantes, quienes son los dueños del mundo; lo cual no quiere decir que alguna que otra vez la bolsa y la inteligencia no puedan encontrarse reunidas en una misma persona. La excepción confirma la regla.

Por otra parte cada cual puede hoy percatarse de la desconfianza con que el trabajador recibe todo perfeccionamiento, o sea la introducción de cualquier invento nuevo. Tiene para ello perfecta razón, porque no son para él las ventajas que resulten, sino para el patrono; tiene razón en temer que la nueva máquina que el perfeccionamiento ha introducido deje sus brazos ociosos. Así, en vez de acoger con alegría un invento que honra a la humanidad y que debe producir ventajas, siente llegar a sus labios la maldición y la blasfemia. Este es el resultado natural del antagonismo de intereses.²

¹ La potencia de la emulación, que suscita los más grandes esfuerzos para despertar la admiración y el elogio de los demás, se muestra, por experiencia, útil allí donde los hombres rivalizan públicamente, aun tratándose de cosas frívolas, de las que el público no saca utilidad alguna. Una lucha de rivalidades por quien podrá hacer más bien en general, es un género de competencia que no rechazan los socialistas. (Stuart Mill, *Economía política*).

² Von Thünen se expresa de igual modo en su obra *Der idollirte Staat*: “En el antagonismo de intereses hay que buscar la razón por la cual proletarios y propietarios son hostiles los unos a los otros, y seguirán siendo irreconciliables por cuanto tiempo el antagonismo no haya desaparecido. No es sólo el bienestar del patrono, sino también gradualmente la riqueza nacional, lo que aumenta en razón de los descubrimientos en el dominio industrial, de la construcción de ferrocarriles, de la conclusión de nuevos tratados de comercio; pero con nuestra organización social presente, nada de ello llega al obrero; su situación sigue siendo la que era, y todo aumento de renta recae en los empresarios, en los capitalistas, en los grandes propietarios territoriales”. Esta última frase no es sino una copia casi a la letra del discurso de Gladstone en el Parlamento inglés, donde declaraba en 1864, que “el aumento vertiginoso de las riquezas y de poderío” conseguido por Inglaterra en los últimos veinticinco años “queda circunscrito a la clase poseyente”. Y Von Thünen dice en la página 207 de su obra: “Se arranca al obrero el fruto de

Este estado de cosas desaparece por completo en la sociedad socializada. Cada cual despliega sus facultades en su provecho personal; pero al propio tiempo lo hace también en beneficio de la colectividad. En la hora actual el egoísmo personal y el bien general son términos contrarios, que se excluyen; en la nueva sociedad tal contradicción desaparece: el egoísmo individual y el bien general son armónicos e idénticos.³

La poderosa acción de semejante estado moral es evidente. El rendimiento del trabajo aumentará considerablemente, y esto permitirá satisfacer las necesidades más elevadas.

Más es preciso también que el trabajo sea cada día más agradable. Para ello es necesario construir hermosos talleres, instalados de un modo práctico; poner al obrero a salvo de todo peligro; suprimir los olores desagradables, las emanaciones, el humo, en suma, cuanto puede ocasionar enfermedad o fatiga.

En sus comienzos, la nueva sociedad producirá con los antiguos medios y los viejos útiles, de los que habrán tomado posesión. Mas por perfectos que nos parezcan serán insuficientes para el nuevo orden de cosas. El número grande de talleres, de máquinas, de útiles diseminados e insuficientes bajo todos los respectos, desde los más primitivos hasta los más perfeccionados, no estarán en relación ni con el número de individuos que solicitarán trabajo ni con las exigencias de la comodidad y del agrado.

Lo que impone, pues, de la manera más urgente es la creación de un número considerable de talleres amplios, bien alumbrados, bien aireados, instalados con mayor perfección y bien decorados. El arte, la ciencia, la imaginación, la habilidad manual encontrarán así un vasto campo en que desarrollar su actividad. Todos los oficios que se refieren a la construcción de máquinas, a la fabricación de útiles, a la arquitectura; cuantos se afectan al decorado interior, muebles, etc., tendrán amplísimo desarrollo. Se pondrá en planta cuanto la inventiva del hombre halle para la comodidad y agrado de todos, desde el punto de vista de la construcción, ventilación, alumbrado, calefacción, instalación técnica de los útiles, armonía y belleza en el decorado. La conveniente concentración de todos los talleres en puntos determinados tendrá por resultado la economía de fuerza motriz, calor, luz y tiempo, y hará también agradables el trabajo y la existencia. Las habitaciones serán separadas de los talleres y desembarazadas de todos los inconvenientes del trabajo profesional e industrial, inconvenientes que, por otra parte, quedarán reducidos a un mínimo o desaparecerán por completo gracias a medidas prácticas y a todo género de disposiciones. Hoy mismo la ciencia tiene medio de poner las profesiones -la del minero, por ejemplo- al abrigo de todo peligro. Del mismo modo no es dudoso que los inconvenientes inherentes al trabajo de las minas podrán ser suprimidos merced a un sistema de explotación radicalmente distinto del actual, mediante una ventilación y un alumbrado poderosos, una disminución considerable de las horas de trabajo, el cambio frecuente de tandas. La química y la ciencia técnica permiten hoy también suprimir las incomodidades del polvo, del humo, de la oscuridad, de los olores. Las canteras del porvenir, ya están situadas

su trabajo. Ahí está el mal”. Platón dice en su *República*: “Un estado en el cual existen clases no es un Estado, son dos. Los pobres constituyen el primero; los ricos el segundo; los dos conviven, pero espiándose recíprocamente y sin cesar... Las clases directoras, en fin de cuenta, no se hallan en situación de hacer guerras porque les es preciso en este caso utilizar a la multitud, que, a una vez armada, les inspira más temores que el mismo enemigo”. Morelly dice en su *Principios de Legislación*: “La propiedad nos divide en dos clases: en ricos y pobres. Los primeros aman su fortuna y no tienen que defender al Estado; los otros no pueden amar a su patria porque ésta les recompensa con la miseria. En un orden social basado en la comunidad de bienes cada uno sentiría cariño hacia su patria, porque cada uno recibiría de ella la vida y el bienestar”.

³ Stuart Mill, pensando en su *Economía Política* las ventajas y los inconvenientes del Socialismo se expresa así: “No puede encontrarse terreno más propicio que una Asociación comunista para el desarrollo de cada idea del interés público y el interés particular. Toda la emulación. Toda la actividad física e intelectual, que se agotan hoy en la persecución de intereses personales y egoístas, buscarán otro campo de acción, y lo encontrarán en los esfuerzos para el bien general de la colectividad”.

sobre o bajo tierra, diferirán de las de hoy como el día de la noche. Para la explotación privada tal cual hoy existe, todas las instalaciones son, ante todo, cuestión de dinero: quien emprende una explotación se pregunta ante todo si el negocio en que va a meterse soportará los gastos y si reportará beneficios. Si su adopción no se traduce en un aumento de renta, poco importa que el trabajador perezca. El capital no entra en juego sino allí donde hay beneficios donde ve ganancias que realizar. La humanidad no se cotiza en Bolsa.

MENOSPRECIO DEL “MATERIAL HUMANO”

No hay rama de la explotación burguesa donde se juegue tan descaradamente con la vida humana, en beneficio del gran capital, como en la navegación y el comercio marítimo. Hacia 1870, el mundo entero supo con espanto, por indiscreciones del inglés Plimsoll, la reprobable falta de conciencia de los capitalistas ingleses. Todos se indignaron, se aterraron y no obstante, los hechos se repiten en todas partes. Los capitalistas ingleses son los únicos que “entienden el negocio”, los que se burlan de la conciencia, en vez de la cual tienen una piedra.⁴ ¿Y qué ha hecho el Estado en este orden de ideas? Ha establecido boyas y faros en los parajes más peligrosos, en la embocadura de los ríos o en la entrada de los puertos; pero maldito si se ocupa del resto de las costas, que abandona a la iniciativa privada, la cual ha establecido puertos de socorro que han salvado bastantes vidas humanas. Pero aún estas medidas de precaución, demasiado insuficientes, no comprenden sino una parte relativamente mínima de las costas; se ha hecho mucho menos contra los peligros de navegación en alta mar. Basta dirigir una mirada a los buques destinados a los emigrantes, para comprender que sobre ser malos, pues una vez llenos transportan de 1.000 a 1.300 pasajeros, llevan como embarcaciones de salvamento verdaderas cáscaras de nuez, que a lo sumo, y entre todas, podrán contener de 200 a 300 personas, es decir, puestas las cosas en el caso más favorable, la cuarta o la quinta parte de los pasajeros. Y aún para esto hay que contar que se consiga botarlas y llenarlas con orden, cosa imposible en la casi totalidad de las catástrofes. A las tres cuartas partes, y aun a las cuatro quintas de los viajeros se les asignan cinturones salvavidas, que pueden sostenerlos en el agua algunas horas, si no mueren en el intervalo. Una catástrofe nocturna quita a estos aparatos toda utilidad. Otro tanto ocurre en naufragio ocurrido de día, si la casualidad no lleva durante las primeras horas siguientes a algún buque a las inmediaciones, pues desde una distancia relativamente corta no se perciben las cabezas de los náufragos. En tales condiciones, los aparatos de salvamento son sencillamente un medio de prolongar una espantosa agonía. Que se produzcan catástrofes como la del *Gimbría* en 1883, y entonces todo el mundo protesta; se pide en todas partes que se ponga término a tal estados de cosas, que se tomen medidas para evitar la repetición de semejantes siniestros. No se aplica un remedio que se tiene sin embargo, a la mano, que consiste en prescribir por las vías legales que ningún buque pueda tomar más pasajeros que los que pueda colocar cómodamente en seguridad en caso necesario, en sus embarcaciones de salvamento. De aquí que, o bien la cifra de pasajeros habría de ser considerablemente reducida, o las dimensiones del buque habrían de ser aumentadas para colocar un número mayor de embarcaciones de salvamento. El más poderoso de los intereses, el interés capitalista, se opone a una y otra solución. La navegación dejaría de ser lucrativa, y con tal motivo la sociedad capitalista no realizará esta utilísima reforma. Es evidente que, a la par de las indicadas, deberían así adoptarse otras medidas. Es este un

⁴ “El capital -dice Quarterly Reviewer- huye del tumulto y del ruido y es de naturaleza perezosa”. Esto es verdad, pero no es toda la verdad. El capital tiene horror a la falta de suficiencia de beneficios, como la Naturaleza tiene horror al vacío. Es audaz en la medida en que el beneficio crece. Con un 10 por 100, se anima; con el 50 por 100, a todo se atreve; con el 100 por 100, pisotea todas las leyes humanas; con el 300 por 100 no hay crimen que no cometa, aun contra su mismo poderío. Si el tumulto y la revuelta le producen beneficios, los alentará y ocasionará. (Carlos Marx, *El Capital*).

terreno en el cual la futura unión solidaria de las naciones obtendrá resultados muy considerables.

La cuestión del lucro cesará de desempeñar papel alguno en la sociedad socializada, que no tendrá presente otro interés que el bienestar general de sus miembros. Lo que será útil a éstos, lo que podrá protegerles, será adoptado; lo que sea nocivo, será suprimido, y ciertamente que nadie se verá obligado por la fuerza a nada que sea peligroso. Allí donde se emprendan trabajos en los que se prevean peligros, habrá siempre voluntarios en masa, tanto más cuanto que nunca se acometerán empresas que vengán a destruir la civilización, sino a extenderla y desarrollarla.

MECANIZACIÓN Y ELECTRIFICACIÓN

Empleando en gran escala la fuerza motriz, las máquinas y los útiles perfeccionados; repartiendo y dividiendo el trabajo en sus menores detalles y combinando con habilidad las fuerzas productoras, el rendimiento alcanzará a tal grado, que para producir las cosas necesarias a la existencia se podrán reducir considerablemente las horas de trabajo. El capitalista aumenta la jornada de trabajo allí donde puede, aun en épocas de crisis, para poder vender más barato sus productos, de los cuales obtiene una mayor plusvalía esquilmando más al trabajador. En la sociedad socializada cada cual se aprovechará de las ventajas que resulten de la elevación de la producción; su parte del producto aumentará, y la duración fija del tiempo durante el cual la sociedad tiene derecho a disponer de cada uno, disminuirá.

Entre las fuerzas motrices que se utilizarán, la electricidad tendrá, según todas las apariencias, un lugar preponderante y de primer orden. Ya en la sociedad burguesa se hace de ella una aplicación fecunda. Cuanto en mayor cantidad y más perfectamente se aplique, tanto mejor. La acción revolucionaria de esta fuerza, la más potente de todas las de la naturaleza, no hará sino quebrantar los cimientos del mundo burgués y abrir la puerta al Socialismo. Pero esta fuerza natural no alcanzará su máximo de utilización y aplicación más que en la sociedad socializada. Si las esperanzas que ha alentado se realizan -y de ello a nadie le cabe duda- ayudará en modo extraordinario al mejoramiento de las condiciones de la vida en la sociedad humana. La electricidad se distingue en primer término, de toda otra fuerza motriz en que no tiene necesidad de ser fabricada desde luego, como el gas, el vapor y el aire comprimido, sino que se encuentra en abundancia en la Naturaleza misma. Todos los cursos de agua, el flujo y reflujo de los mares, el viento convenientemente utilizados, suministran innumerables caballos de vapor. El descubrimiento de las pilas Faure ha probado que se acumulan y se conservan donde se quiera y por el tiempo que se quiera, grandes cantidades de fuerza que, como las mareas, los vientos, las tempestades, no se producen sino por intervalos periódicos. Mas todos estos inventos, todos estos descubrimientos no son más que embriones, cuyo desarrollo ulterior puede sospecharse, no abarcarse por entero.

Así, pues, vemos abrirse para el porvenir, perspectivas según las cuales la buena calidad, la buena cantidad, la variedad de los productos irán creciendo en proporción enorme, y los goces de la vida se multiplicarán en manera suma para las sociedades futuras.

La necesidad de la libertad en la elección y cambio de ocupación tiene profundas raíces en la naturaleza humana. Un trabajo dado, repetido indebidamente cada día, como un alimento constante, regular, sin cambio alguno por parecer repugnante: la actividad se adormece y amortigua, el hombre realiza maquinalmente su tarea, sin ardor ni gusto. Y, sin embargo, hay en el hombre una multitud de aptitudes y de instintos que basta despertar y desarrollar para

producir hermoso resultado y hacer del hombre un ser completo. La socialización de la sociedad, como veremos más adelante suministrará ampliamente ocasión de satisfacer esta necesidad de la variedad en el trabajo. El aumento considerable de las fuerzas productivas, unido a una simplificación cada vez más perfecta del sistema del trabajo, permite desde luego disminuir sensiblemente la duración de éste y además adquirir fácilmente habilidad manual y destreza práctica.

TRABAJO FÍSICO Y TRABAJO INTELECTUAL

El antiguo sistema de aprendizaje ya hoy es solo aplicable a las normas atrasadas de la producción, tal cual las presenta, por ejemplo, la pequeña industria manual. Pero debiendo ésta desaparecer en la nueva sociedad, sus instituciones y sus formas se perderán con ella, para ceder el campo a otras. Hoy mismo, cada fábrica nos muestra cuán pocos obreros hay en ella que ejerzan manualmente el oficio que han aprendido. Los obreros pertenecen a los oficios más difíciles, más heterogéneos, y no es preciso mucho tiempo para hacerles romper con no importa qué género de trabajo, y, bien entendido, que aun en el sistema actual, con una desmesurada jornada de trabajo, sin variación alguna, sin que se tengan en cuenta disposiciones personales del individuo, acaba el obrero por transformarse en una máquina al lado de otra máquina, o en complemento de ella.⁵ Este estado de cosas desaparecerá en una organización transformada. Quedará tiempo bastante para los trabajos delicados y los ensayos artísticos. Vastos talleres de aprendizaje, instalados con la mayor comodidad y con todas las perfecciones técnicas, ayudarán a jóvenes y a viejos a aprender oficios, y lo conseguirán agradablemente. Laboratorios de física y química, en relación con el estado actual de estas dos ciencias, estarán a su disposición y proporcionarán sus recursos a cuantos deseen instruirse. Sólo entonces se verá qué mundo de capacidades y de inteligencias ha ahogado en germen el sistema capitalista o no las ha dejado llegar más que a un desarrollo informe.⁶

Hay, pues, no solamente posibilidad de dar satisfacción a la necesidad de variedad en el trabajo, sino que además es deber de la sociedad realizar esta aspiración para todos porque en ella descansa el desarrollo armónico del ser humano. Poco a poco desaparecerán los caracteres profesionales y fisonómicos que presenta ahora nuestra sociedad -que la “profesión” consiste hoy en funciones únicas y definidas de no importa que género o en derroche, pereza y ociosidad-. ¡Cuán pocos individuos se encuentran hoy en situación de variar sus ocupaciones, o cuán pocos las varían efectivamente! Con frecuencia, y en razón de condiciones y de organizaciones especiales, encontramos algunos particulares que, habiendo pagado su tributo al trabajo físico, pueden sustraerse a la monotonía del trabajo cotidiano buscando recreo en los trabajos intelectuales; recíprocamente encontramos de vez en cuando obreros intelectuales que se consagran al ejercicio físico y se ocupan en trabajos manuales, la jardinería, etc. Y no hay higienista que no reconozca cuanto tiene de fortificante la alternativa de la actividad física con la

⁵ En Inglaterra, como en tantos otros países, la masa de los trabajadores disfruta bien escasamente del derecho de escoger libremente ocupaciones y residencia; está en la práctica, bajo tal tendencia de reglamentos fijos y de la voluntad de otro que no se podrá encontrar otra esclavitud semejante en ningún sistema, salvo en la verdadera esclavitud. (John Stuart Mill).

⁶ Un obrero francés, volviendo de San Francisco a su país escribe: “Jamás hubiera creído que yo fuera capaz de ejercer todos los oficios que he realizado en California. Estaba persuadido que fuera de la imprenta no servía para nada... Una vez en medio del mundo de los otros aventureros, que cambiaban de oficio como de camisa, hice como los demás. El negocio del trabajo de las minas no era bastante lucrativo; lo abandoné y marché a la ciudad, donde sucesivamente fui tipógrafo, obrero en cobre, fundidor, etc. Así aprendí a ser apto para todo, y hoy me siento menos molusco y más hombre. (Carlos Marx. *El Capital*). Nota tomada de la obra de M. Garban *L'enseignement professionnel*

mental, cuando se aplica en la medida conveniente a las fuerzas de cada uno: esta alternativa es la única conforme con la Naturaleza.

Luego la sociedad futura contará en grandes cantidades, sabios, artistas de todo género, que emplearán activamente cierta parte de la jornada en un trabajo físico, y que en el resto del tiempo cultivarán las artes a las ciencias, según sus gustos.⁷

Al propio tiempo desaparecerá la contradicción hoy existente entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; la contradicción que las clases directoras hacen lo posible por ahondar, con el fin de hacer parecer privilegiado el primero, que les interesa principalmente en su calidad de clases directoras y preponderantes.

CRISIS, DESOCUPACIÓN Y DINERO

De lo que llevamos dicho hasta aquí resulta que en la sociedad nueva las épocas de crisis y de “paro” serán imposibles. Hemos visto que las crisis nacen de que la producción individualista o capitalista, excitada por el ansia de beneficio personal, tomando éste como medida y sin encontrarse en situación de observar las cosas en conjunto, determina la abundancia excesiva en el mercado, la sobre producción. El carácter de mercancías que revisten los productos del trabajo *capitalístico* hace depender su consumo de los medios del comprador. Pero estos medios son muy limitados para inmensa mayoría de la población, cuyo trabajo está retribuido muy por debajo de su valor, o que no encuentra ocupación sino cuando el capitalista puede obtener beneficios. La facultad de comprar y de consumir son, pues, dos cosas distintas. Millones de seres tienen necesidad de vestidos nuevos, de zapatos, de ropa interior, de comida, de bebida; pero no tienen dinero, y por ello sus necesidades, es decir su facultad de consumo, no puede ser satisfecha. El mercado rebosa de productos, pero la masa muere de hambre; quiere trabajar, mas no encuentra nadie que compre su trabajo porque el capitalista no ve en él nada que “ganar”. “Muere canalla, dégrádate, hazte vagabundo, criminal; yo, el hombre de dinero, nada puedo hacer”. Y el hombre tiene razón a su manera. En la sociedad nueva esta contradicción desaparecerá. La sociedad nueva no producirá mercancías para “comprar” y “vender”, sino cosas necesarias a la existencia que deben ser utilizadas y consumidas, sin ningún otro objetivo. En el nuevo orden de cosas no serán, pues, los medios del comprador aislado los que limiten la producción, sino la facultad productora de la colectividad.

Que haya tiempo y medios de trabajar, y todas las necesidades podrán ser satisfechas: la facultad de consumo no tendrá otro límite que... la saciedad.

Desde luego que, no existiendo en la sociedad nueva las mercancías tampoco existiría la moneda. El dinero es lo opuesto a la mercancía, y sin embargo, es a su vez una mercancía; constituye en la actual sociedad la forma equivalente de las demás mercancías. La sociedad nueva no producirá mercancías, sino únicamente cosas necesarias, objetos destinados al uso, cuya fabricación requiere cierta cantidad de horas de trabajo social. El tiempo necesario para producir un objeto es la única medida por la cual debe ser valuado en cuanto a valor de uso

⁷ Lo que pueden ser los hombres en condiciones favorables de desarrollo lo vemos en el ejemplo de Leonardo de Vinci, que fue a la vez pintor eminente, hábil escultor, arquitecto e ingeniero notable, constructor militar, músico e improvisador. Celini era un platero renombrado, un mordedor notable, un buen escultor, un ingeniero militar reconocido, un excelente soldado y un músico hábil. Se puede decir, sin exageración, que la mayor parte de los hombres tienen un oficio que no está en relación con sus aptitudes, porque no es su propia voluntad, sino la fuerza de las circunstancias quien les trazó el camino. Más de un mal profesor habría sido excelente zapatero, y más de un zapatero hábil habría podido ser igualmente un buen profesor.

social. Diez minutos de trabajo social en un objeto se cambian por diez minutos de trabajo social en otro; ni más ni menos. La sociedad no tratará de “ganar”; quiere sencillamente operar un cambio de objetos de la misma calidad y del mismo valor de uso entre los miembros de ella. ¿Encuentra por ejemplo, que se requiere un trabajo diario de tres horas para producir todo cuanto le es necesario? Pues establece la jornada de tres horas.⁸ Si la sociedad crece en número; si los medios se perfeccionan al punto de que lo necesario pueda producirse en dos horas se fija en dos horas la duración del trabajo. Mas si, por el contrario, la sociedad quiere satisfacer necesidades de un orden más elevado, a los cuales no abastece en un tiempo de dos o tres horas ni aun con el desarrollo de la productividad, establecerá la jornada de cuatro horas, pues su mayor placer será hacer siempre su voluntad.

El fácil calcular cuanto trabajo requiere la producción de cada objeto.⁹ Se deduce de la relación entre esta fracción la duración de la jornada entera. Un certificado cualquiera, un trozo de papel impreso, un fragmento de oro o de metal blanco, comprobará el tiempo suministrado y pondrá al interesado en situación de cambiar estas marcas por los objetos de cualquier clase que tenga necesidad. Si sus necesidades son menores de lo que haya recibido en cambio de su trabajo, trabajará durante un tiempo proporcionalmente menor. Si quiere regalar aquello de que no haga uso, nadie se lo impedirá. Si quiere trabajar por otro, a fin de que este otro se entregue a las dulzuras del *farniente*, y repartir con él el producto de su labor, nadie le impedirá ser tan torpe. Pero nadie puede obligarle a trabajar por otro, nadie puede retener una parte de aquello a que tiene derecho en cambio de su trabajo. Si la fabricación de un vestido de paño fino cuesta veinte horas de trabajo, y él quiere uno de diez y ocho lo tendrá y así en lo demás. Como se ve, cada cual podría tener en cuenta sus deseos y sus anhelos realizables; pero jamás explotar unos miembros en beneficio de otro. Cada uno recibirá de la sociedad lo que él le dará; ni más ni menos.

CONCIENCIA SOCIALISTA

Oigo que se me pregunta: ¿Y en qué se diferenciarán los holgazanes de los laboriosos, los inteligentes de los tontos? No habrá diferencia, porque las nociones que hoy tenemos a este respecto desaparecerán. Ocurre con la recompensa del trabajador celoso y activo lo mismo que con el lugar que ocupa la inteligencia en la escala social. La sociedad no trata de holgazán, de “vago” sino al que, privado a pesar suyo de trabajo, se ve obligado a vagabundear y concluye por ser un vagabundo, a quien criado bajo la influencia de una mala educación se degrada. Pero en cambio, llamar “vago” a quien tiene dinero y mata el tiempo en la holganza y derroche sería injuriarle gravemente, porque es hombre digno de toda estima. Del lugar que ocupa la inteligencia en nuestra sociedad, ya hemos hablado. ¿Qué ocurrirá en la sociedad libre? Desde luego que todos tendrán, en condiciones de trabajo absolutamente iguales, una función en la

⁸ Hay que hacer notar que toda la producción habrá alcanzado su más alto grado de organización técnica y que todo el mundo trabajará, y de tal suerte la jornada de tres horas más bien parece larga que corta. Owen calculaba en su tiempo, primer cuarto del siglo pasado, que dos horas eran suficientes.

⁹ “La cantidad de trabajo social a la cual corresponde un producto, no tiene necesidad de ser establecida por tanteos; la experiencia diaria enseña directamente cuanto hace falta, por término medio. La sociedad puede calcular de una manera sencilla cuantas horas de trabajo hay en una máquina de vapor, en un hectolitro de forraje de la última cosecha, en cien metros de tela de una calidad determinada. La idea se ofusca cuando la cantidad de trabajo empleado en un producto se refiere a un tercer producto, en vez de expresar simplemente por su medida natural adecuada, el tiempo... Habrá que establecer el plan de producción según los medios de los cuales forman parte los brazos de que se dispone. Los efectos útiles de diferentes objetos necesarios, comparados entre sí y con la gran cantidad de trabajo que habrá costado. Indicarán la marcha que se debe seguir. Las gentes se arreglarán de una manera sencilla para todo esto, sin hacer intervenir el término vapor tan ampulón”. Engels, *La revolución de la ciencia*.

sociedad, y cada uno se moverá en el medio en que sus aptitudes y su habilidad le hayan colocado, y es claro que las diferencias entre los servicios prestados serán muy débiles.¹⁰ Toda la atmósfera social que obligue a uno a sobrepujar a los demás tiende a nivelar estas diferencias. Un individuo tiene la persuasión de que le es imposible en determinado oficio realizar iguales servicios que sus camaradas, y escoge otro en relación con sus fuerzas y sus aptitudes. ¿Con qué derecho, en estas condiciones, puede nadie hacer menos que otro? Si la Naturaleza se ha conducido como una madrastra con un hombre, hasta el punto de que, con la mayor voluntad del mundo, no puede ser útil en grado igual que los demás, la sociedad no será capaz de castigar defectos de los cuales la única culpable es la Naturaleza. Si inversamente un individuo ha recibido de la Naturaleza capacidad que le coloca por encima de sus congéneres, la sociedad no tiene que recompensar lo que no es mérito personal.

Cuando Goethe, en su viaje por el Rhin estudió la Catedral de Colonia descubrió en las antiguas cuentas de la construcción que los arquitectos de otros tiempos pagaban a todos sus obreros a jornal, para que ejecutaran buena y concienzuda tarea. Estaba reservado a la sociedad burguesa, que compra la mano de obra como una mercancía, dejar a los obreros hacerse la mutua competencia por medio del trabajo a destajo. Introdujo el sistema de paga por piezas, que obliga a los obreros a sobrepujar en producción, para poder de esta suerte regular la depreciación o sea la disminución de los salarios.

Y lo mismo que del trabajo manual puede decirse del intelectual. Cada individuo es producto del tiempo y del medio en que vive. Un Goethe, por ejemplo, nacido en las mismas condiciones favorables para su desarrollo en el siglo IV, y no el XVIII, hubiera sido en vez de un poeta ilustre y un observador de la naturaleza, un gran padre de la Iglesia, que acaso hubiera ocultado con su sombra a San Agustín. Goethe, venido al mundo en el siglo XVIII, como hijo de un pobre zapatero de Francfort en vez de ser hijo de un rico patricio, no hubiera llegado a ministro en el gran educado de Weimar, y hubiera conservado la profesión paternal muriendo bajo la piel de un honorable zapatero. Si Napoleón I hubiera nacido diez años más tarde, no hubiera llegado a emperador de los franceses. Calculen a un niño bien dotado, de padres inteligentes, entre los salvajes, y será un salvaje, aunque un salvaje inteligente. Luego sea lo que quiera un hombre, es siempre la sociedad quien lo ha hecho. Las ideas no son el producto de nada, ni de una inspiración de lo alto que penetra en el cerebro del individuo sino un producto engendrado en el cerebro por la vida y por la actividad sociales, por el espíritu de los tiempos. Un Aristóteles no podía tener las ideas de un Darwin, y un Darwin debía pensar necesariamente de otro modo que un Aristóteles. Cada cual piensa según como el espíritu de su tiempo y cuanto le rodea le obligan a pensar. De aquí el hecho de que a menudo individuos diferentes tengan un mismo pensamiento simultáneo, y que una sola y misma invención o descubrimiento se haga o se realice al mismo tiempo en lugares muy alejados el uno del otro. De aquí también, el hecho de que una idea, lanzada hace cincuenta años, dejando al mundo indiferente, renazca bajo forma idéntica, removiéndolo el mundo entero. El emperador Segismundo pudo en 1415 violar su palabra dada a Juan Huss y quemarle vivo en Constanza; Carlos VI, fanático muy exaltado tuvo que dejar a Lucero en 1521 abandonar tranquilamente la Dieta de Works. Las ideas son, pues, el producto de los esfuerzos sociales combinados, de la vida social misma. Esto es claro y salta a la vista. Y si se agrega, en ventaja a la sociedad nueva, que los medios de cada uno dispondrá para perfeccionarse serán propiedad de la sociedad, se deduce, por consecuencia, que ésta no podría distinguir particularmente de quien es su producto.

Otro tanto puede decirse en lo concierne a las diversas clasificaciones dadas al trabajo físico y al llamado intelectual. Y resulta que no puede existir diferencia entre tal trabajo manual “inferior” y tal otro “superior”, como por ejemplo, un mecánico de hoy, no se cree de categoría más

¹⁰ En tesis general, todos los seres humanos bien organizados hacen con una inteligencia casi igual; pero la educación, las leyes, y las circunstancias crean las diferencias. El interés personal bien entendido se confunde con el interés común o con el interés público. (Helvetius: *Del hombre et de son education*).

elevada que un bracero o un peón. Desde el momento que la sociedad no ejecutará más que el trabajo socialmente necesario, todo trabajo que tendrá esta cualidad tendrá igual valor. Si hay trabajos desagradables, repugnantes, que no puedan realizarse ni con ayuda de la Física ni de la Química; si no hay medio alguno de transformarlos en trabajos agradables -lo cual es muy dudoso- y falta para ellos la necesaria mano de obra, entonces será deber de cada uno el prestarse cuantas veces le corresponda en turno. No habrá para ello una falsa vergüenza, ni ningún estúpido desprecio hacia un trabajo útil. Sentimientos de este género no son posibles en esta sociedad de majaderos, donde la holganza se considera como un lote envidiable y donde el trabajador está tanto más despreciado cuanto más ruda es su tarea y más penosa y útil a la sociedad. Se explica también que hoy el trabajo esté tanto menos retribuido cuanto más desagradable sea. Esto ocurre porque por efecto de la revolución constante que se opera en la producción, sobran una multitud de trabajadores que se consagran a los trabajos más viles para asegurar su existencia: por tal razón, hasta la misma introducción del “maquinismo” es improductivo para el mundo burgués. Así, por ejemplo, partir piedra es uno de los oficios más desagradables y menos retribuido. Sería sin embargo, fácil de hacer esta faena por medio de la máquina, como se hace en la América del Norte; pero existe una masa tan enorme de obra a tan bajo precio, que la máquina no “producirá”.¹¹ Bien considerado, un trabajador que limpia las cloacas es un miembro útil a la sociedad, mientras que nuestros funcionarios y dignatarios actuales de la ciencia son, en su mayor parte, una corporación destinada -y para ello se le paga- a defender, bajo la autoridad de su saber, la supremacía de las clases directoras, haciéndola aparecer como justa, buena y necesaria, destinada a mantener los actuales prejuicios.

Esto es hacer ciencia reaccionaria envenenar los cerebros, realizar una labor anticivilizadora, trabajar intelectualmente como un mercenario en interés de la burguesía y de sus clientes.¹²

Un estado social que haga imposible la existencia ulterior de semejante corporación privilegiada, realizará un acto de emancipación para la Humanidad.

Por otra parte, la verdadera ciencia está casi siempre enlazada con un trabajo repugnante y desagradable; por ejemplo, practica la disección de un cadáver en putrefacción, opera en miembros purulentos, o cuando un químico hace experiencias sobre excrementos. De este modo vemos que los trabajos más desagradables pueden ser los más útiles, y que la idea de lo agradable y de lo repugnante que nos formamos del trabajo es, como tantos otros conceptos del mundo actual, una idea falsa superficial, que no obedece sino a consideraciones exteriores.

¹¹ “Si hubiera que elegir entre el Comunismo con todas sus eventualidades, y el estado actual de la sociedad con todos sus sufrimientos y todas sus injusticias; si la institución de la propiedad particular comportara necesariamente con ella esta consecuencia -como lo vemos hoy-: que el producto del trabajo fuera repartido en razón inversa del trabajo realizado, quedando la mayor parte para los que no trabajan, después percibiendo aquello cuyo trabajo es nominal y así en proporción, según una escala descendiente, disminuyendo la remuneración a medida que el trabajo es más penoso y más ingrato, al punto de que en cambio de una tarea que agota las fuerzas, el hombre no puede obtener con seguridad lo necesario para repararlas y para las primeras necesidades de la vida; si no hubiera otra alternativa entre este estado de cosas y el Comunismo, todos los inconvenientes del Comunismo, grandes y pequeños, no serían ni un grano de polvo en la balanza”. John Stuart Mill, *Economía política*. Mill de buena fe, se ha fatigado para reformar el mundo burgués y hace ver la razón. Perdió el tiempo, naturalmente. Así acabo por ser socialista, como todo hombre juicioso, conociendo las cosas a fondo. Pero no se atrevió a reconocerlas en vida. Esperó hasta que, después de muerto su autobiografía se publica su profesión de socialista. Fue como Darwin, que no quiso ser tenido por ateo en tanto vivió. Es esto una comedia que la sociedad burguesa obliga a desempeñar a millares de hombres. La burguesía finge creer en la lealtad, en la religión y en la autoridad, y es porque sobre ella descansa el poder.

¹² La erudición sirve con frecuencia lo mismo a la ignorancia que al progreso. (Bukle, *Historia de la civilización en Inglaterra*).

COMERCIO-INTERCAMBIO-COMUNICACIONES

Cuando el trabajo haya sido asentado sobre los fundamentos que hemos diseñado, no se producirán más “mercancías”, sino simplemente cosas usuales, necesarias a las necesidades directas de la colectividad. Por este hecho concluirá el comercio en general, que sólo tiene significación en las sociedades que descansan sobre la producción de artículos destinados al negocio. Esto pondrá a disposición del trabajo activo una masa enorme de individuos de uno u otro sexo y de todas edades. Surgirán millones de gentes que producirán, después de haber vivido hasta aquí cual parásitos del producto de la labor de otros, desarrollando, sin embargo, grandes esfuerzos. Nadie es responsable de lo que las circunstancias sociales han hecho de él. En lugar de las tiendas y los almacenes que cada producción, según su importancia encierra por decenas, por centenas, por millares, se crearán depósitos comerciales, *docks*, elegantes bazares, exposiciones enteras, que no exigirán proporcionalmente sino un escaso personal administrativo.

Esta transformación por sí sola constituye una verdadera revolución en la manera como las cosas han estado organizadas hasta aquí. Y como todo el mecanismo actual del comercio dejará su lugar al funcionamiento de una administración distribuidora, centralizada, el movimiento comercial entero sufrirá igualmente una metamorfosis completa.

Los teléfonos, las vías férreas, los correos, la navegación marítima y fluvial, los tranvías, en una palabra, cuantos vehículos -sea cualquiera su nombre- servían al comercio en la sociedad burguesa, será propiedad social. Buen número de estas instituciones, como los correos, los telégrafos y parte de los ferrocarriles, ya son instituciones del Estado, y su transformación en propiedad social será notablemente fácil y no habrá que lesionar interés alguno particular. Pero estas explotaciones, administradas hoy por el Estado, no tienen, como se cree por error, un carácter socialista. Están tan *capitalísticamente* dirigidas, como si se encontraran en manos de los explotadores privados. Ni los empleados ni los obreros obtienen una ventaja particular. El Estado los trata cual lo haría cualquier patrono, como por ejemplo, en los arsenales de la marina imperial, prohibiendo admitir obreros de más de cuarenta años. Esta y otras medidas análogas o semejantes, son tomadas por el Estado, mucho más perjudiciales que si las adoptara un patrono, porque éste puede emplear un número relativamente corto de brazos, mientras que el Estado, con sus monopolios, con semejante sistema, arroja a la miseria y el hambre a millones de seres. No es esto proceder de una manera socialista, sino más bien capitalista, y es preciso que los socialistas se guarden de considerar la explotación del Estado como revestida de aquella forma. En la explotación verdaderamente socialista no existe ni empresarios, ni superiores, ni opresión. Todos tienen igual categoría e iguales derechos.

Cuando grandes establecimientos centrales hayan ocupado el lugar de los mercados intermediarios y productos privados, el transporte general de productos tomará igualmente una fisonomía distinta. Los millones de pequeñas expediciones diseminadas, dirigidas a tantos y tantos propietarios, serán enormes y poderosos cargamentos encaminados a los depósitos municipales y a los lugares de producción central. Aquí también se simplificará infinitamente el trabajo; se economizará tiempo, material, mano de obra, todo en cantidades considerables; el aspecto de nuestras vías de comunicación, y más particularmente el de nuestras viviendas, cambiará por completo. El ruido enervante de las gentes atrafagadas en los negocios en los grandes centros comerciales, con sus miles de vehículos de toda clase, será profundamente modificado. La construcción y limpieza de las calles y la disposición de las cosas sufrirá una gran metamorfosis. Se podrá entonces aplicar fácilmente medidas de higiene, imposibles de ejecutar hoy, a menos de grandes dispendios, de una manera incompleta, y sólo en los barrios ricos. El “pueblo” no necesita de estas medidas de higiene; puede aguardar a que haya medios de ocuparse de él y estos medios jamás se los encuentra.

Está demás decir que el servicio de comunicaciones alcanzará al máximo de extensión que el estado de la ciencia permita en aquel momento. Desde el instante en que las vías de comunicación son las arterias que dirigen a través de la sociedad, la circulación de la sangre, es decir, el cambio de productos, que facilitan las relaciones personales e intelectuales de los hombres, y que son a propósito para crear en todo el mundo un nivel igual de bienestar y de educación, su desarrollo y su extensión hasta las localidades más lejanas constituye una necesidad del interés general social. En este orden de ideas incumben a la sociedad nuevos deberes que sobrepujan en mucho a cuanto la sociedad actual está en situación de realizar. Al propio tiempo, este sistema de comunicación, llevado al mayor desarrollo y a la mayor difusión. Favorecerá por doquiera la centralización de masas humanas y de establecimientos de producción enclavados en las grandes ciudades y en los centros industriales, y será de suma utilidad para la salud pública, así como para todas las necesidades del progreso moral y material.

LA TIERRA

RETORNO DE LA TIERRA A LA COMUNIDAD

Lo mismo que los instrumentos de trabajo y los medios de producción, así de la industria como del comercio, el suelo pertenecerá también a la sociedad, en su cualidad de materia prima, esencial para todo trabajo humano y base de la existencia del hombre. La sociedad “readquirirá” -ya llegada a un alto perfeccionamiento- todo cuanto le perteneció en su origen.

En todos los pueblos de la tierra, llegados a cierto grado de civilización primitiva, encontramos la propiedad común de la tierra. La comunidad de bienes era la base de toda asociación primitiva, y sin aquella no era posible ésta. La aparición y desarrollo de las diversas formas del Poder han hecho desaparecer, y usurpado, bajo la forma de propiedad individual, la propiedad común, y esto con las luchas más penosas que se continúan hasta nuestra época. La explotación del suelo y su transformación en propiedad individual ha sido la primera causa de la servidumbre que, desde el esclavo al “libre” trabajador del siglo XX, ha pasado por todos los grados posibles, hasta que por fin, la tierra, tras una evolución de millares de años, y gracias a sus mismos siervos, retorne a ser propiedad de todos.

La noción de la importancia del suelo para la existencia humana entera, ha tenido como resultado las guerras civiles en todo el mundo -en la India, en China, en Grecia (Cleómenes), en Roma (los Gracos), en la Edad Media cristiana (sectas religiosas, Muntzen el anabaptista, guerras de campesinos), entre los aztecas, los incas y en los tiempos modernos-; la propiedad de la tierra ha sido objeto de primeras reivindicaciones, y hombres como Adolfo Samper, el profesor Adolfo Vaquer, el Dr. Schaeffle¹³, animados de un espíritu conciliador y dispuestos a amplias concesiones a otros puntos de la doctrina socialista, admiten como legítima la propiedad común de la tierra.¹⁴

¹³ Entre nosotros, quien ha defendido la teoría de la propiedad común del suelo en el economista Álvaro Flores Estrada, menos conocido de lo que debiera serlo.

¹⁴ Hasta los Papas y los Padres de la Iglesia, en los primeros siglos del Cristianismo, cuando aun era vigorosa la tradición de la comunidad de bienes y la expropiación de estos bienes había alcanzado grandes proporciones, no pudieron evitarse el tomar parte en una discusión eminentemente comunista. El *Syllabus* del siglo XIX no tiene, ciertamente, el mismo tono; que los Papas romanos también, y a pesar suyo, se han convertido en humildes

Del cultivo y de la explotación de la tierra depende en primer término, el bienestar de la población. Llevar este cultivo al mayor desarrollo posible es, en el sentido más elevado, el interés de todos. Pero bajo el régimen de la sociedad individual, este gran desarrollo no es posible ni en la grande, ni en la pequeña propiedad. Aparte de que la explotación intensiva del suelo depende del interés del propietario, hay que considerar los factores contra los que no pueden luchar ni el gran propietario ni la Asociación más poderosa; estos factores salen hasta del marco nacional presente y es preciso tratarlos desde el punto de vista internacional.

La sociedad debe desde luego considerar el suelo, en su conjunto, es decir, en su conformación topográfica, sus montañas, sus llanuras, sus bosques, sus ríos, sus lagos, sus marismas, sus pantanos. Esta disposición topográfica ejerce cierta influencia en el clima y en la naturaleza del suelo. Este campo de acción es, no sólo de una gran extensión sino que exige una serie enorme de observaciones y experimentos. Lo que el Estado ha realizado en este concepto es bien insignificante. Desde luego no emplea en estas cuestiones de cultivo sino medios pequeños, y además, aunque tuviera voluntad para extender su acción a un círculo más amplio, esto le sería impedido por los grandes propietarios, que tienen hoy voz preponderante en la legislación. El Estado actual no puede hacer nada sin lesionar la propiedad privada. Mas como la existencia misma del Estado descansa en el “carácter sagrado” de la propiedad, como los grandes propietarios son su más firme sostén, carece, por tanto, de la facultad de ir adelante en el sentido por nosotros indicado. Se tratará, pues, por la sociedad nueva de proceder a una enérgica y general mejora del suelo.

Una cuestión de alta importancia es la creación de una vasta red de canales y de vías fluviales, sistemáticamente desarrollada, que deberá ser dirigida y coordinada según los principios científicos.

La cuestión del “bajo precio” de los transportes por agua, tan importante para la actual sociedad, será completamente olvidada por la nueva. Por el contrario, el sistema de canales y de vías fluviales será un factor considerable, en razón de su influencia en el clima, en su adaptación a un método racional y externo de irrigación, y de su acción bienhechora sobre la fertilidad del suelo.

La experiencia ha establecido que los países áridos tienen mucho más que sufrir con inviernos rigurosos y con estíos cálidos que aquellos que tienen agua en abundancia; y que, por ejemplo, los países litorales no conocen las verdaderas temperaturas extremas, o no las sufren sino poco tiempo. Y las extremas no son ventajosas ni agradables, ni para el hombre, ni para las plantas. En este caso, un sistema desarrollado de canales tendría una acción moderada, sobre todo si se tienen en cuenta las medidas impuestas para el cultivo de los bosques. Una red de canales de este género, que comprendiera varias cuencas, serviría a la vez de colector y de depósito cuando la fusión de las nieves o las lluvias torrenciales hicieran crecer los ríos y los torrentes. Las inundaciones y sus desastrosos efectos serían imposibles. El aumento de la superficie de las aguas tendría probablemente por consecuencia, y en razón de la más fuerte evaporación,

servidores de la sociedad burguesa. El Papa Clemente I decía: “El uso de todas las cosas sobre la tierra, debe ser común a todos. Es una injusticia decir: ésta es mi propiedad, esto me pertenece, es de otro. – De aquí vienen las discordias de los hombres”. El obispo Ambrosio, de Milán, decía en 334: “La Naturaleza da a los hombres todos los bienes en común porque Dios ha creado todas las cosas para que sus disfrute sea común a todos y para que la tierra fuera propiedad común. La Naturaleza ha creado, pues, el derecho de la Comunidad, y la usurpación es quien ha creado el derecho de la propiedad”. El Papa Gregorio el Grande decía hacia el año 600: “Deben saber que la tierra, de la cual viven, y de la cual están formados, pertenece en común a todos los hombres y por consecuencia los frutos que produce deben pertenecer indistintamente a todos”. Y uno de los modernos Zacarías decía en sus Cuarenta libros sobre el Estado: “Todos los males contra los cuales los pueblos civilizados tienen que luchar pueden quedar reducidos a una causa: la propiedad individual de la tierra”.

regularizar la formación de las lluvias. Allí donde, en fin, haya faltado por mucho tiempo el agua para la agricultura, máquinas y bombas elevadoras, fáciles de instalar, la llevarían a las tierras.

Vastos territorios que han sido hasta aquí completamente estériles o poco fecundos, se transformarán por medio de este sistema de irrigación en comarcas fértiles. Allí donde los carneros apenas si encuentran escaso alimento, y donde a lo más pinos tísicos elevan sus ramas al cielo, podrían prosperar cosechas importantes, donde una población enorme encontraría su alimento.

Por otra parte las canalizaciones de este género podrían ganar para la agricultura vastas extensiones de tierras salitrosas. Todos estos cursos de agua podrían ser utilizados para la piscicultura, y suministrarían ulteriormente una fructuosa fuente de alimentación. Constituirían también en estío, para las poblaciones que carecen de ríos, estaciones de baños.

En qué medida es benéfica la irrigación, nos la van a decir los ejemplos:

En las cercanías de Weinssenfals, siete y media hectáreas de pradera, bien regadas, han dado 440 quintales de hierba, mientras que cinco hectáreas inmediatas de igual tierra, aunque no regadas, han dado 32 quintales. Las primeras han producido, pues, un producto más que duplicado. Cerca de Riesa, en Sajonia, 65 suertes de praderas irrigadas, no obstante los enormes gastos, ascendieron sus productos de 4.850 a 11.100 marcos. Actualmente hay en Alemania provincias enteras cuyo suelo, esencialmente arenoso, no da una cosecha mediana sino cuando el estío es muy húmedo. Estas provincias, una vez surcadas de canales y regadas, darían en poco tiempo un producto cinco o diez veces superior.

En España se citan ejemplos de tierras bien regadas, que han dado un producto 37 veces más elevado que otras no regadas ¡Agua, pues, y surgirán del suelo masas nuevas de materias alimenticias!

¿Dónde están hoy los particulares, dónde los gobiernos capaces de llevar a cabo tales empresas, tan posibles y tan necesarias?

Cuando después de largos años de dura experiencia, el Estado acaba por ceder a las quejas tumultuosas de las víctimas de todas las calamidades posibles, ¡qué lentitud, qué circunspección, qué prudencia, qué cálculo! Es que así se podría conducir demasiado lejos el Estado, exponiendo a la ligera el dinero necesario para la construcción de cuarteles y para el mantenimiento de batallones. Además cuando se “hace demasiado” por una, los demás piden también auxilio.

El *credo* burgués no dice “ayúdame y Dios te ayudará” sino “cada uno para sí, y nadie para todos”. Por esto no pasa sin que una, dos o más veces, en las provincias y en los Estados más diversos, dejen de producirse inundaciones más o menos frecuentes por la crecida de los arroyos, de los torrentes de los ríos. Vastas superficies del suelo más fértil, son arrancadas por la violencia de las aguas y cubiertas de arena, piedras y escombros. Los árboles son arrancados; las casas, los puentes, los ferrocarriles, los caminos, los diques, son destruidos; el ganado se pierde, y con frecuencia quedan sacrificadas vidas humanas, deshechos los trabajos de mejora del suelo y aniquiladas las semillas.

Vastas regiones expuestas al peligro frecuente de las inundaciones son explotadas lo menos posible y sólo de un modo económico en previsión de un doble daño.

Por otra parte, la torpe de las correcciones hechas en el curso de los ríos y de arroyos con un interés único -en el caso que nos ocupa, el interés del comercio y de los viajeros- aumenta el peligro de las inundaciones. La tala exagerada de los montes, sobre todo por los particulares,

no hace sino aumentar el peligro. A esta circunstancia -la tala insensata en vista del lucro- debe atribuirse la notable alteración del clima y la disminución de la fertilidad del suelo en las provincias de Prusia y Pomerania, en Italia, en Francia, en Bélgica y en España.

La tala de los montes tiene por efecto las inundaciones. Se atribuye las del Rin y las del Vístula a la devastación de las selvas en Suiza y en Polonia. La tala de los Alpes Cárnicos, se dice que ha hecho sensiblemente malo el clima de Trieste y de Venecia; por iguales razones, Madera, una gran parte de España y vastos territorios de Asia Menor, antes fértiles y cubiertos de vegetación exuberante, han perdido su fecundidad.

Está demás decir que la sociedad nueva no resolverá estos problemas en un abrir y cerrar de ojos; mas se consagrará con energía y aplicará todas sus fuerzas a su solución porque su deber será resolver las cuestiones de civilización sin que se lo impida traba alguna. Realizará cada año trabajos y acometerá empresas en las cuales jamás piensa ni puede pensar la actual sociedad, porque su sola idea le dará vértigos.

Así, en la sociedad nueva, las medidas indicadas y otras análogas aumentarían el valor del suelo y le darían una fisonomía más ventajosa que la de hoy. Otros puntos de vista vienen a sumarse con los ya indicados en lo relativo al aumento en la utilización del suelo. Se plan hoy, en muchos miles de hectáreas de tierra, patatas destinadas a ser transformadas en aguardiente, que la población desdichada, viviendo en la miseria y en la ignorancia, consume de un modo casi exclusivo. El aguardiente es el único estimulante y “mata hambre” que puede procurarse. Para el hombre civilizado de la nueva sociedad, el uso del aguardiente habrá desaparecido; las patatas y los cereales destinados a este fin, y por consecuencia el suelo y la mano de obra no tendrán objeto quedando disponibles para la producción de comestibles sanos. El mismo ejército permanente, lo parcelario de la producción, del comercio y de la industria, etc., requieren centenares de miles de caballos, y por tanto, tierras en producción para alimentarlos. La transformación de las actuales condiciones hará todo esto superfluo en gran parte, y así quedarán ganadas para otras necesidades del cultivo vastas extensiones de terrenos, ricas fuerzas productivas.

El vasto dominio de la explotación del suelo es hoy objeto de una discusión científica, y a ello se consagra una literatura muy desarrollada. No existe en este orden de ideas un solo asunto que no haya sido tratado; selvicultura, saneamiento, “drenaje” e irrigación, cultivo de cereales, leguminosas, tubérculos, verduras, plantas forrajeras para la cría del ganado, praderas, cría racional de las aves de corral y explotación de sus productos, abonos y manera de emplearlos, análisis químico del suelo, aplicación y preparación de este o de otro cultivo, máquinas y útiles, calidad de las semillas, disposición práctica de las construcciones de explotación, el sol, las variaciones de la temperatura, etc., etc., todo ha entrado en los dominios de la discusión científica. Y no pasa día, por decirlo así, sin que se realicen nuevos descubrimientos, nuevos experimentos, que sobrepujan las mejoras y los perfeccionamientos introducidos hasta entonces en una o en otra de las diferentes ramas de la agricultura.

EXPLOTACIÓN RACIONAL DEL SUELO

La explotación del suelo, después de Liebig, ha llegado a ser una ciencia de las primeras y más esenciales, adquiriendo una extensión y una importancia como pocas cosas del dominio de la producción material. Si comparamos esta cantidad enorme de progresos de todo género con la situación de nuestra economía rural echaremos de ver que una minúscula parte de los propietarios se encuentra en condiciones de poderlas utilizar en algo. La mayor parte de

nuestros cultivadores y jardineros -el 98 por ciento, puede decirse- no está en condiciones de sacar todas las ventajas posibles de lo que tienen entre sus manos. La sociedad nueva encontrará aquí, tanto desde el punto de vista práctico como teórico, un campo de acción admirablemente preparado, donde no tendrá más que poner mano, realizar trabajo de organización, para obtener resultados superiores a los que se consiguen hoy.

La concentración de la explotación rural llevada al más alto grado, producirá ventajas importantes. La supresión de linderos, sendas y caminos entre las propiedades parcelarias, suministrará una cantidad de suelo no despreciable; máquinas agrícolas, de grandes dimensiones, movidas y secundadas por la física y la química, transformarán en campos fecundos las tierras estériles, las tierras muertas y áridas que se encuentran por doquiera. Un abono científicamente preparado justamente con un laboreo profundo, el riego o la desecación, acrecentarán en proporciones considerables el rendimiento de la tierra, cuyo rendimiento aumentará aún más eligiendo las simientes con el mayor esmero y extirpando del suelo las plantas parásitas -capítulo por cierto muy descuidado hoy-. Siembre, plantación y asoleo no se harán, naturalmente, sino para aumentar el producto de los elementos de la alimentación. El cultivo de los frutos y de las verduras llegará a un desarrollo apenas sospechado hoy, y multiplicará los productos de un modo notable. La concentración de establos y rediles, de almacenes, de depósitos de estiércol y de forraje, etc., -todo instalado de manera más práctica- acrecentarán sensiblemente los beneficios de la cría de ganados y facilitará la producción de abonos. Se tendrán a mano las máquinas, los útiles, los aparatos más perfectos. La producción y empleo de los productos animales: como la leche, carne, huevos, miel, lana, será también realizada científicamente. El laboreo y recolección, efectuados con el empleo de la mano de obra en masa, y utilizando hábilmente la temperatura, darán asimismo resultados que hoy no es posible esperar. Grandes secaderos, etc., permitirán hacer la recolección aún en mal tiempo; lo que ahorrará las enormes pérdidas que hoy se ocasionan.

Las investigaciones más recientes; la aplicación de la electricidad al crecimiento aún nocturno de las plantas, han dado resultados que abren también perspectivas enteramente nuevas y que hacen posible el cultivo en vastos invernaderos, por medio del calor artificial, de plantas y frutos, en estaciones y bajo temperaturas con las cuales la práctica sólo había soñado, cultivo que hoy sólo se realiza en escala pequeñísima.

Pero como la productividad de la tierra y su mantenimiento dependen, en primer término, de un abono suficiente, la producción y la conservación de los abonos será una de las cuestiones más importantes.¹⁵

El abono es en absoluto necesario para el suelo como el alimento para el hombre, y lo mismo que para éste no son igualmente nutritivos todos los alimentos, así todos los abonos no tienen el mismo valor para la tierra. Es preciso devolver a ésta exactamente los mismos principios químicos que ha perdido cuando se ha recogido una cosecha, y suministrarle en mayores

¹⁵ Hay un medio de asegurar la fertilidad del suelo y su rendimiento constante, y este medio, lógicamente aplicado será más remunerador que todos cuantos la agricultura ha preconizado hasta aquí. “Todo cultivador que conduce al mercado un saco de trigo, un quintal de colza, de patatas, de remolacha, etc., debería, como el coolí chino, retornar de la ciudad con tantos -o más si fuera posible- elementos constitutivos de los productos de su tierra para devolvérselos. No debería despreciar ni una mondadura de patata, ni una paja, sino pensar que esa mondadura falta a una de sus plantas y la paja a una de sus espigas. El gasto para recogerlas es insignificante, la colocación segura y no hay Caja de Ahorros que ofrezca mayor seguridad ni capital que prometa mayores intereses. La superficie de su campo doblará el producto en diez años; producirá más grano, más carne, más manteca, sin sacrificio de trabajo ni de tiempo, y no estará en perpetua inquietud por medios nuevos desconocidos -que no existen-, de mantener la fertilidad de su campo. Todos los huesos, el hollín, las cenizas, la sangre de los animales, los restos de todo género, deberían ser recogidos en lugares especiales y preparados para ser expedidos... Los Gobiernos y las autoridades de policía en las ciudades deberían atender con esmero a que una juiciosa instalación de letrinas y de alcantarillas evitase toda pérdida de estas materias”. (Liebig, *Cartas sobre la Química*).

cantidades aquellos elementos químicos que reclama con frecuencia el cultivo de ciertas especies de plantas. Por esta razón el estudio de la Química y su aplicación práctica alcanzarán un desarrollo hasta hoy desconocido.

Las deyecciones del hombre y de los animales contienen, principalmente, los elementos químicos que son más aptos para la reconstitución del alimento humano. Es preciso llegar a recogerlas lo más completamente posible y a repartirlas del modo más útil. Hoy se derrochan de una manera torpe, siendo los principales culpables los grandes centros de población, que reciben masas de producto para su alimentación sin devolver a la tierra más que una parte pequeñísima de sus deyecciones y de sus propios detritus.¹⁶ Y resulta que las tierras alejadas de las ciudades que alimentan a estas con la mayor parte de sus productos sufren considerablemente por la falta de abonos, porque los que provienen del personal y del ganado que en ellas reside es insuficiente, por no consumir esta parte de la población más que una mínima cantidad de la cosecha, y se recurre a un sistema de explotación que debilita la tierra, disminuye su rendimiento y hace subir el precio de las cosas necesarias para la vida. Todos los países en los que la producción agrícola es el elemento principal, pero que no reciben abonos en cambio, van necesariamente a la ruina por consecuencia del empobrecimiento del suelo. Testigos: Hungría, Rusia, los Principados del Danubio y América. Los abonos artificiales, particularmente el guano, reemplazan, es cierto, los abonos humanos y animales; pero muchos cultivadores no pueden procurárselos en cantidad suficiente, porque cuestan caros, y, en todo caso es estúpido acarrear los abonos desde millares de leguas mientras se les deja perder a dos pasos. Actualmente la dificultad estriba en la construcción de aparatos colectores vastos y prácticamente dispuestos y en la elevación de los gastos de transporte. Cuesta hoy más, comparativamente, desembarazar a las ciudades de sus deyecciones, que hacer venir el guano del otro lado de los mares que es donde se encuentran los yacimientos, los cuales disminuyen en riqueza en la proporción en que aumenta el pedido.

Las sumas que actualmente se gastan en abonos son enormes. Alemania paga cada año al extranjero por tal concepto de 70 a 100 millones de marcos,¹⁷ y gasta más de cuatro veces esta suma dentro del país. Que se sepa que una ciudad de 100.000 habitantes suministra no menos de 45.000 quintales de substancias sólidas y diez veces esta cantidad de substancias líquidas, y que esta masa va a los ríos y a los arroyos ensuciándolos y apestandolos; que sepa que un hombre no evacua durante un año muchas menos substancias fecales que las precisas para abonar un campo del cual puedan extraerse las substancias necesarias para alimentar a un individuo, y la pérdida enorme es evidente. A esto añádase los detritus de las cocinas, los restos de talleres y de fábricas, que podrían utilizarse, y que tan torpemente son desperdiciados.

La sociedad nueva encontrará ciertamente los medios necesarios para alcanzar completamente un objeto de tanta importancia. Lo que hasta aquí se ha hecho no ha dado los resultados debidos. Citemos como ejemplo la canalización extremadamente costosa en los campos de irrigación de la capital de Alemania, que se han considerado como in fracaso aun antes de su

¹⁶ “Cada coolí chino que por la mañana lleva sus productos al mercado, regresa a su casa con dos cubos de abono suspendidos de la pecha de bambú. El abono es hasta tal punto estimado, que cada uno sabe lo que el hombre evacua por día, por mes y por año; y el chino considera como un grosero al huésped que abandona su casa y lleva a otro lado un provecho sobre el cual cree que le da opción justificada si hospitalidad... Toda sustancia que provenga de las plantas o de los animales es cuidadosamente recogida por el chino y convertida en abono... Basta, para dar una idea del valor que conceden las gentes de este país a los restos y desperdicios de animales, mencionar que los barberos guardan cuidadosamente, y hacen de ello comercio, los restos de las barbas y de las cabelleras; lo que representa bastante, dados los millones de cabezas que se rapan cotidianamente. Los chinos están tan familiarizados con el uso del yeso y de la cal, que ocurre frecuentemente que renuevan el blanqueado de sus cocinas con el solo objeto de utilizar el yeso sucio como abono”. (Liebig, *Cartas sobre la Química*).

¹⁷ Carlos Schaber. *Informe acerca de la importancia de los detritus humanos desde el punto de vista agrícola, comunal y social*.

terminación. La sociedad nueva resolverá más fácilmente esta cuestión, desde luego, porque hará desaparecer poco a poco las grandes ciudades descentralizará la población.

URBANIZACIÓN DEL CAMPO

Nadie puede considerar la organización de nuestras grandes ciudades como cosa sana. El sistema que regula en nuestros días el trabajo y la industria atrae sin cesar enormes masas de población hacia los grandes centros. En ellos radican principalmente el comercio y la industria; en ellos se concentran las grandes fortunas; las administraciones centrales, los mandos militares, los tribunales superiores; en ellos están los grandes establecimientos de instrucción, las Academias de arte, los vastos locales de educación, de placer y de recreo; las Asambleas, las Exposiciones, los Museos, los teatros, las salas de conciertos... La vocación atrae a los millones de hombres; el placer también, así como el deseo de lucro fácil, de vida agradable.

Más esta organización en grandes ciudades nos produce el efecto de un hombre cuyo vientre creciera sin cesar mientras que sus piernas menguaran y de debilitaran de tal forma que al cabo no pudieran sostener la carga. Y alrededor de estos grandes centros, en una proximidad inmediata, todas las aldeas toman a su vez el carácter de ciudades donde se amontona una masa enorme de proletarios. Estas, desprovistas de recursos, se ven forzadas a elevar los impuestos sin alcanzar a satisfacer las exigencias que ocasionan, y acaban por acercarse a la ciudad, incorporándose a ella, como un planeta que de hubiera acercado demasiado a la órbita del sol, sin mejorar por ello las condiciones de existencia que, por el contrario, son cada vez peores. Estas aglomeraciones humanas, necesarias en el actual estado de nuestra organización, y que son hasta cierto punto centros revolucionarios, habrán logrado su objeto en la formación de la sociedad nueva. Su desaparición gradual se impondrá en razón de un hecho contrario al que hoy se produce; la población emigrará de las ciudades al campo, y creará nuevos centros, establecidos según las modernas condiciones y reuniendo su actividad industrial a la de los agricultores.

Tan pronto como la población urbana tenga la posibilidad de transportar al campo todas las cosas necesarias al estado actual de civilización a que se ha habituado; cuando en el campo encuentre sus museos, sus teatros, sus salas de concierto, sus salones de lectura, sus bibliotecas, sus lugares de reunión, sus establecimientos de instrucción, etc., comenzará sin detenerse la emigración. La vida en el campo tendrá todas las ventajas hasta hoy reservadas a las grandes ciudades, sin los inconvenientes de éstas. Las habitaciones serán más sanas, más agradables; la población agrícola se interesará en las cosas de la industria, la población industrial en la agricultura.

En este orden de ideas, hasta el mundo burgués trabaja, puesto que, de año en año, las empresas industriales van a fijarse en mayor número en los campos. Las condiciones desfavorables para la vida en las grandes ciudades, la carestía de locales, la elevación de los salarios, producen esta emigración, o bien los grandes propietarios territoriales se truecan en industriales, es decir, en fabricantes de azúcar, destiladores, cerveceros, papeleros, etc. Los detritus y los abonos serán entonces conducidos a los campos, gracias también a la concentración de la producción y a la de los locales donde se preparen los alimentos. Cada centro de población formará, en cierto modo, una especie de zona de cultivo, en la cual producirá por sí misma la mayor parte de lo necesario para la existencia. La jardinería, particularmente la más agradable de todas las ocupaciones prácticas, ocupará floreciente prosperidad. El cultivo de las flores, de las plantas ornamentales, de las legumbres, de las frutas, ofrece campo inagotable a la actividad humana y constituye muy particularmente un

trabajo en detalle que excluye el empleo de grandes máquinas. Gracias a la descentralización de la población, desaparecerá asimismo el contraste que existe desde hace millares de años entre los habitantes de las villas y de los campos.

El campesino, este moderno ilota que en el aislamiento de los campos estaba sustraído a toda civilización superior será entonces un hombre libre.¹⁸ El deseo expresado por el príncipe de Bismark a ver desaparecer las grandes ciudades, será un hecho realizado.

EL MUNDO NUEVO

EL GOBIERNO Y EL “ORDEN”

Si se examina cuanto hemos expuesto hasta aquí; hallaremos que suprimiendo la propiedad individual en lo que concierne a los medios de trabajo y de producción, y transformándola en propiedad social, desaparecen los males que a cada paso nos causa la sociedad presente. Desde el momento en que la sociedad aplique, dirija e intervenga en todo trabajo, se verá como terminan por sí mismas las acciones malas ya provengan de individuos o de clases enteras. Todo linaje de fraude y de dolo, la fabricación de artículos alimenticios, el campo entero de acción, les será arrancado a los agiotistas de la Bolsa. Los salones del templo de la riqueza se verán vacíos, porque todos los papeles del Estado, las acciones, las obligaciones, las inscripciones hipotecarias, etc., se convertirán en papeles inútiles. La frase de Schiller: “que se destruya el gran libro y todo el mundo se reconcilia”, será una realidad, y las palabras de la Biblia “ganarás el pan con el sudor de tu frente”, se aplicarán a los héroes de la Bolsa como ha todo el mundo. Sin embargo, el trabajo no les matará ni mucho menos, y físicamente se encontrarán mejor que hoy. La organización actual del Estado desaparecerá igualmente, sin dejar ningún retoño.

El Estado era la representación oficial de toda la sociedad, su encarnación en un cuerpo visible; pero sólo lo era mientras era el Estado de la clase que en aquella época representaba la sociedad entera; mas desde el momento que es realmente representante de toda la sociedad, se hace inútil. Cuando no haya clases que mantener en la opresión, cuando la dominación de la clase, la lucha por la existencia, basada en la ANARQUÍA de la producción, las colisiones y los excesos que de aquí dimanar hayan desaparecido, no habiendo nada que reprimir, el Estado será inútil. El primer acto por el cual el Estado se constituirá en verdadero representante de toda la sociedad, a saber, la toma de posesión de los medios de producción en nombre de aquella será al mismo tiempo su último acto como Estado; el Gobierno de las personas será substituido por la administración de las cosas y por la dirección de los procedimientos de producción; la sociedad libre no puede tolerar la existencia de un Estado entre ella y sus miembros”.¹⁹

¹⁸ En su *Manual de economía política* dice el profesor Adolfo Wagner: “La pequeña propiedad rural constituye, para gran parte de la población, una base económica, irremplazable por ninguna otra institución. Es para el campesino un estado de independencia y de libertad; es una situación, una función tanto social como política, que le es propia”. Si el autor no exaltara a todo trance al pequeño agricultor para dar gusto a sus amigos los conservadores, debería considerársele como uno de los seres más miserables de la Humanidad. Es, en circunstancias dadas, rebelde a una civilización elevada, y en las actuales condiciones de su trabajo no puede llegar a ninguna situación superior, y es, por tanto, obstáculo para la civilización. Quien ame el movimiento retrógrado porque éste le convenga, puede encontrar buena la tal situación, no quienes sean amigos del progreso.

¹⁹ F. Engels, *Socialismo utópico y socialismo científico*.

Con el gobierno desaparecerá cuanto le representa: ministros, parlamentos, ejército permanente, policía, guardia civil, tribunales, abogados, procuradores, sistema penitenciario, administración de contribuciones y aduanas; en suma: todo el aparato político íntegro. Los cuarteles y otras construcciones militares, los palacios de justicia y administración, las cárceles, etc., tendrán un mejor destino. Los millares de leyes, órdenes, reglamentos, serán puestos en olvido, y sólo se les conservará como objeto de curiosidad, de algún valor en la civilización antigua.

Las grandes -y por tanto mezquinas- luchas parlamentarias con que los héroes de lengua se imaginan gobernar el mundo no existirán, cediendo el campo a asambleas delegaciones administrativas que se ocuparán en la organización más perfecta de la producción, de la distribución y de la reglamentación de los aprovisionamientos necesarios y de las innovaciones útiles; todas cosas prácticas, visibles, no habiendo en juego interés personal alguno.

Los centenares de millares de representantes del Gobierno se dedicarán a los oficios más diversos y ayudarán a aumentar la riqueza productiva de la sociedad. No se conocerán ni crímenes ni delitos políticos o de derecho común. Los ladrones no tendrán razón de ser, porque en la sociedad nueva cada cual podrá fácil y cómodamente, satisfacer como los demás sus necesidades con su trabajo honroso. No habrá ni merodeadores ni vagabundos. ¿Homicidios? ¿Para qué? Nadie podrá enriquecerse a expensas de otro. ¿Los falsos testimonios, la falsificación de escrituras, la captación de herencias, las quiebras fraudulentas? No habiendo propiedad privada, estos crímenes carecerán de terreno donde desarrollarse. ¿Los incendios por odio? ¿Quién encontrará en ellos placer o satisfacción desde el momento en que la sociedad le haya quitado posibilidad de odiar? ¿La fabricación de moneda falsa? “Siendo el oro una quimera, quien tal hiciera perdería el tiempo”. ¿El sacrilegio? Un contrasentido; dejen “a Dios todopoderoso y todo bondad” el cuidado de castigar a los que le ofendan, tanto más cuando que se discute la existencia de ese Dios”.

De esta suerte, las bases todas del “orden” actual se convertirán en mitos. Los abuelos hablarán de ellas a sus nietos como de cosas propias de cuentos fantásticos, y los pequeños sacudirán la cabeza, no pudiendo formarse idea de todo esto. El relato de los atropellos y persecuciones sufridas hoy por los partidarios de las nuevas ideas les producirá el efecto que a nosotros nos causa el oír hablar de las quemadas de herejes y hechiceras. Todos los nombres de los “grandes hombres” que se han distinguido persiguiendo las nuevas ideas, y a quienes la tontería de sus contemporáneos haya aplaudido por este hecho, caerán en el olvido, se borrarán y apenas si los encontrará el historiador hojeando libros viejos. Cuanto a las reflexiones que éste pueda hacer respecto a ellos, debemos pasarlas en silencio, porque desgraciadamente, no estamos en los tiempos dichosos en que la Humanidad pueda respirar libremente.

LA RELIGIÓN

Con la religión ocurrirá lo que con el Gobierno. No se la “suprimirá”, no se “abolirá a Dios”, no se le “arrancará del corazón de las gentes”, como dicen los “cuentistas” que de estos lugares comunes se valen hoy para patentizar las ideas del ateísmo de los demócratas socialistas. La Democracia socialista deja toda chanza a los ideólogos burgueses que en la revolución francesa emplearon tales medios, ocasionándose un triste fracaso. La religión se desvanecerá por sí misma, sin sacudida violenta.

La religión refleja de un modo trascendente el estado social del momento. Se modifica en la medida que el desarrollo humano progresa, que la sociedad se transforma. Las clases directoras tratan de mantenerla como medio de dominación, y viene a ejercer una verdadera función administrativa. Se forma una casta que se encarga de esta función y pone toda su sagacidad en entretener y ensanchar la institución, porque con ella engrandecen su poderío y la consideración de que gozan.

Fetichismo al principio, en el período de la civilización más atrasada, en el estado primitivo social, la religión se convirtió en politeísmo, después en monoteísmo, a medida que la civilización progresó. No han sido los dioses quienes han creado a los hombres, sino los hombres los que han fabricado divinidades, los que han hecho a Dios. El hombre ha creado a Dios a su imagen, tomándose a sí mismo como modelo: esto y no lo inverso es lo que ha ocurrido; el mismo monoteísmo se ha descompuesto en panteísmo, que abarca y penetra todas las cosas, que se volatiliza cada día más. Las ciencias naturales han hecho de la “creación” un mito; la astronomía, las matemáticas y la física, han reducido el “cielo” a una quimera y convertido las “estrellas del cielo”, donde tienen su trono los ángeles, en estrellas o en planetas, cuya naturaleza excluye toda idea de vida angélica.

Las clases directoras se apoyan en la religión como el sostén de toda autoridad, lo mismo que han hecho todas las clases que hasta aquí fueron preponderantes.²⁰ La burguesía misma no cree en nada; y ella, con toda su evolución, con la ciencia nacida en su seno, destruyó en la religión toda autoridad. Su fe es, pues, una fe postiza, y la Iglesia acepta su apoyo porque tiene necesidad de él.

“La religión es necesaria para el pueblo”.

La sociedad nueva no tiene reservas mentales. Tiene como bandera el progreso de la Humanidad, la ciencia verdadera, sin alteraciones, y procederá en consecuencia. Si alguno conserva necesidades religiosas, las satisfará juntamente con los demás que las sientan. La sociedad no se preocupará por ello. Para que pueda vivir será necesario que el sacerdote trabaje en medio de la sociedad, y como las cosas no pasan en vano para él, llegará día en que notará que el más alto lugar es “ser hombre”.

Las buenas costumbres y la moral nada tienen que ver con la religión; sólo los imbéciles o los farsantes pueden sostener lo contrario. Las buenas costumbres y la moral son la expresión de ideas que regulan las relaciones de los hombres en sí y en su conducta recíproca; la religión regula las relaciones de los hombres con los seres sobrenaturales. Pero la idea que se forma de la moral nace, como la religión, del estado social del hombre. El canibalismo considera a la antropofagia como muy moral; los griegos y los romanos consideraban moral la esclavitud, y los señores de la Edad Media la servidumbre de sus vasallos. Los capitalistas modernos encuentran que el asalariado, la extenuación de la mujer por el trabajo nocturno, la desmoralización del niño por la vida de la fábrica, son de una alta moralidad. He aquí cuatro

²⁰ Las citas siguientes demuestran los que los antiguos pensaban a este respecto: –“El tirano (nombre que en la antigua Grecia se daba a quien tenía en sí todo el poder), debe aparecer como teniendo un particular cuidado de la religión. Los súbditos temerán menos de las injusticias cuando estén persuadidos de su religiosidad y de su respeto a la divinidad. Estarán menos dispuestos a conspirar porque lo creerán protegido del cielo”. (Aristóteles, *Política*). Aristóteles nació el año 184 antes de nuestra era en Stagirita (Macedonia), por esto se le llama con frecuencia *Stagirita*. –“El principio debe tener o, mejor aún, aparentar todas las cualidades humanas; debe muy particularmente aparecer como la piedad y la religión personificadas. Aun cuando algunos lo adivinen, se callarán, porque la majestad del poder protege al príncipe, que en razón de esta protección y cuando su interés lo exige, puede barrer las oposiciones. La masa de sus súbditos, porque en muchas circunstancias y cuando nada le costaba haya demostrado devoción, le tendrá siempre por un hombre digno de ser honrado, hasta cuando proceda contra la fe y contra la religión. Por lo demás el príncipe deberá muy particularmente cuidarse del culto y de la Iglesia”. (Maquiavelo, en su célebre obra *El príncipe*, cap. XVIII). Maquiavelo nació en Florencia, en 1469.

fases de la sociedad y cuatro conceptos de la moral, unos más elevados que otros, pero ninguno más alto. La condición moral más elevada es sin duda aquella en que los hombres sean libres e iguales entre sí, y el principio más elevado de moral: “no hagas a otro lo que no quieras para ti”, será, en virtud del estado social mismo, el principio que regulará de una manera inviolable las relaciones de la Humanidad. En la Edad Media era el árbol genealógico quien decidía de la suerte de un hombre; en nuestros días es la fortuna; en el porvenir el hombre no valdrá sino por sí mismo. Y el porvenir es el socialismo aplicado.

LA EDUCACIÓN Y PROTECCIÓN DE LOS NIÑOS

El Dr. Lasker dio hace muchos años en Berlín una conferencia, en la que llegaba a la conclusión de que es posible alcanzar un nivel igual de instrucción para todos los miembros de la sociedad.

Y, sin embargo, el Dr. Lasker en un antisocialista, es un intransigente partidario de la propiedad individual y del sistema de producción capitalista, y el problema de la instrucción es hoy, en su más amplio sentido, una cuestión de dinero, no siendo comprensible como en las presentes condiciones pueda ser posible un nivel igual de instrucción. Las individualidades enérgicas, llegadas a una situación relativamente favorable, pueden adquirir una instrucción superior; la masa jamás, en tanto viva en la dependencia.²¹

En la sociedad nueva, las condiciones de vida serán las mismas para todos. Las necesidades, las aptitudes, podrán diferir; mas cada individuo podrá vivir y desarrollarse según ellas. La igualdad uniforme, cuya idea se imputa tan falsamente al Socialismo, es, como tantas otras cosas, una mentira y un concepto sin sentido. Si el Socialismo quisiera esta igualdad no tendría sentido común, porque se pondría en oposición con la naturaleza misma del ser humano, y debería renunciar a ver desarrollarse una sociedad según sus principios. Si; aun cuando el Socialismo llegara a apoderarse de la sociedad por sorpresa y le impusiera una forma de régimen contra la Naturaleza, no pasaría mucho tiempo sin que todo se desquiciara, sin que desapareciera para siempre. Es preciso que la sociedad se desarrolle por sí misma, según las leyes inmutables, y una vez conocidas estas leyes y las que regulan el desarrollo del ser humano, deberá proceder de acuerdo con ellas, haciendo de la educación de las generaciones, nuevas bases de todo progreso.

Todo nacido, varón o hembra, es para la sociedad un crecimiento dichoso y deseable, porque en él ve su propia perpetuación, su propio desarrollo ulterior, y reconoce por consecuencia, y desde el primer momento, que debe intervenir eficazmente en favor de la nueva criatura. La mujer embarazada, la nodriza, la madre, serán objetos de mayores cuidados. Habitación cómoda, medio agradable, precauciones de todo género, que exige el período de la maternidad, serán las primeras condiciones que se llenen. No hay que decir que el niño conservará el pecho materno todo el tiempo que sea necesario. Moleschott, Souderreger, todos los higienistas, todos los médicos, están de acuerdo en que nada reemplaza la lactancia materna.

²¹ “Un cierto grado de cultura y de bienestar es una condición exterior necesaria la desarrollo del espíritu filosófico... Por esto vemos que en los pueblos no comienza la filosofía hasta que se han elevado a un grado considerable de bienestar y de civilización”. (Tennemann, citado por Bukle en la *Historia de la civilización en Inglaterra*, tomo I). “Los intereses materiales e intelectuales se compenetrán. Unos no pueden subsistir sin los otros. Hay entre ellos iguales lazos que entre el cuerpo y el espíritu. Separarlos es ocasionar la muerte”. (Von Rhünen, *El Estado aislado*). “La mejor existencia, así para el individuo en particular como para el Estado en general, es aquella en que la virtud está dotada de bienes exteriores bastantes para poder tomar una parte efectiva en las buenas y bellas acciones”. (Aristóteles, *Poética*).

Crecido el niño, sus camaradas le esperan para jugar en común bajo la misma vigilancia. Y aquí se emplearán para el desarrollo moral y físico cuantas enseñanzas dé el Estado de los conocimientos y de las ideas humanas. Con las salas de recreo vendrán los jardines de la infancia, y más tarde, -siempre jugando-, la introducción de los elementos del saber y de la actividad humana. El trabajo intelectual y físico y los ejercicios gimnásticos el libre movimiento en el recreo y en la expansión, la paginación, la natación, las luchas, los ejercicios para los dos sexos, se sucederán alternando y completándose. Importará formar una especie sana, endurecida a las fatigas y normalmente desarrolladas desde el doble punto de vista físico e intelectual. La iniciación en las diversas ramas de actividad práctica, en el trabajo del taller, jardinería, agricultura, en toda la ciencia de los procedimientos de producción, vendrá poco a poco. Al propio tiempo, la instrucción intelectual en los distintos órdenes de la ciencia no será olvidada.

Como se aplicará igual procedimiento de depuración y de perfeccionamiento para la instrucción como para la producción, se abandonarán una porción de cosas útiles, que son obstáculo al desarrollo físico. El conocimiento de las cosas naturales, presentadas a la razón natural, estimulará más el gusto de instruirse que el sistema de educación en el que una enseñanza contradice la otra o la destruye, como por ejemplo, la religión y la ciencia.

Para responder al alto grado de cultura de la sociedad se crearán escuelas especiales, establecimientos de educación y medios de perfeccionamiento. Suministrando la sociedad ampliamente todos los medios de educación, de instrucción y de entretenimiento, vestido, etc., no habrá discípulo favorecido a expensas de otro.²² El número de los hombres instruidos y los servicios que prestarán, corresponderán con creces a la sociedad de estos sacrificios. El estado ideal se alcanzará cuando se tomen para el reclutamiento social iguales precauciones que para el reclutamiento de sub-oficiales de nuestro ejército permanente: se sabe que de cada diez soldados sólo uno alcanza este grado.

De esta manera la educación será igual y común para todos los niños, cuya separación no está justificada, fuera de ciertos casos en que la diferencia de sexos lo impone como necesidad absoluta. Este sistema de educación, estrictamente regulado y ordenado bajo una buena intervención hasta la edad declarada mayor por la sociedad, hará a los dos sexos aptos en alto grado para el goce pleno de todos los derechos y para la satisfacción de todos los deberes que la sociedad impone a todos miembros adultos. La sociedad entonces estará completamente segura de no haber educado sino miembros con todas las cualidades requeridas y desarrolladas desde todos los puntos de vista; hombres a quienes nada humano y natural será extraño, y que tendrá tanta confianza en la naturaleza personal y en su propio ser como en la organización y en las condiciones de la sociedad en la cual viven.

Todos los vicios que cada día aumentan en la juventud contemporánea, y que son consecuencia natural de un estado social en que reinan la corrupción y la pereza, desaparecerán. La indocilidad, la indisciplina, la inmoralidad, la brutal avaricia de placeres, provocados por la flojedad y la inestabilidad de la vida doméstica y por la influencia perniciosa de la vida social, las lecturas desmoralizadoras, las vergonzosas excitaciones al fraude, los equívocos de la prensa, la vida de fábrica, las malas condiciones de la vivienda, el abuso de independencia y de libertad en la edad en que es mayor la necesidad del freno de la educación para corregirse y ser dueño de sí mismo, todos estos defectos y otros de igual género los

²² Condorcet decía en su plan de educación: “La educación debe ser gratuita, igual, general, física, intelectual, industrial y política, y proceder realmente a la verdadera igualdad”. Rousseau decía en su *Economía política*: “Sobre todo la educación debe ser pública igual y común, debe formar hombres y ciudadanos”. Aristóteles escribía asimismo: “Desde el momento que el Estado no tiene más que un objeto, debe dar a todos sus miembros una sola y misma educación, y el cuidado de extenderla debe ser, no incumbencia particular, sino del mismo Estado”.

evitará fácilmente la sociedad del porvenir, sin emplear medios de corrección ni tiranía. La atmósfera social los hará imposibles.

En la sociedad, como en la Naturaleza, no se producen enfermedades ni perturbaciones sino allí donde se encuentran causas de corrupción.

Nadie puede negar que todo nuestro organismo de instrucción sufre males graves y peligrosos, y hay que reconocer que las escuelas e instituciones superiores están más dañadas aún que las inferiores. Una escuela de aldea es un modelo de salud moral al lado de un colegio aristocrático; una humilde escuela de niños pobres es ejemplo de moralidad junto a una pensión distinguida. Y no hay que ir lejos para encontrar la causa. En las altas clases de la sociedad, toda aspiración a altos fines humanitarios es ahogada; estas clases no tienen ideal, y la falta del mismo y de las aspiraciones elevadas tiene como consecuencia los apetitos de goces, los desarreglos más desenfrenados, con todas las aberraciones físicas y morales. ¿Cómo la juventud que se desarrolla en esta atmósfera podría ser otra cosa que lo que es? El goce brutal y material de la vida, sin medida ni límites, es el solo objetivo que puede entrever y conocer. ¿Para qué luchar, si la fortuna de los padres hace de la lucha cosa superflua? El máximo de instrucción de los hijos de nuestra burguesía consiste en salir bien de los exámenes. Logrado este resultado, se creen ya en aptitud de escalar la gloria, de escalar en el Olimpo el puesto de semidioses. Cuando tienen un título en el bolsillo, su orgullo y su superioridad no conocen límites.

Las hijas de nuestra burguesía se educan para ser muñecas de escaparate, esclavas de la moda, damas de salón, corriendo de placer en placer, hasta que finalmente, cansadas, llenas de tedio, sufren todas las enfermedades reales e imaginarias. Viejas, se convierten en gazmoñas, vuelven los ojos de la corrupción del mundo y predicán moral y religión.

Para las clases inferiores se trata de rebajar el nivel de la instrucción. El proletario podría ser demasiado instruido, conocer su condición servil y rebelarse contra sus dioses. En lo relativo a la educación y la instrucción, no se encuentra la sociedad actual menos desconcertada que en otras cuestiones ¿Qué hace? No sabe prevenir, sino castigar. Predica religión, religión y siempre religión, para sus elementos perversos funda casas de mejoramiento que coloca bajo la tutela religiosa, y he ahí toda su gestión pedagógica.

LA CULTURA POPULAR

Cuando la sociedad del porvenir haya educado las generaciones hasta la edad determinada y según los principios por nosotros desarrollados, dejará a cada uno el cuidado de su educación ulterior. Y podrá estar segura de que todos acogerán con alegría la ocasión de desarrollar los gérmenes de perfeccionamiento que se hayan sembrado en su inteligencia. Cada uno procederá y obrará en el sentido de su inclinación y de sus disposiciones naturales, y con aquellas que participen de sus gustos. Quien se lanzará a una de las ramas de las ciencias naturales que brillan cada día con más vivo fulgor: la antropología, la zoología, la botánica, la mineralogía, la geología, la física, la química, la prehistoria...; quien a la historia, al estudio de las lenguas, el arte, etc. Este tendrá pasión por la música, aquel por la pintura, el otro por la escultura, el de más allá por el arte escénico, y habrá así tantos artistas, tantos sabios como obreros. Millares de Facultades ocultas hasta aquí harán conocer su vitalidad y su valor y se revelarán a la sociedad, con su ciencia y con su talento, allí donde la ocasión se presente. No habrá, pues, músicos, comediantes, artistas de oficio, sino por inspiración, por talento, por genio, y cuánto ejecuten superará a las producciones del mismo género, de igual manera que

los productos industriales, técnicos y agrícolas de la sociedad futura serán infinitamente mejores que los de la sociedad actual.

Entonces comenzará para la Ciencia y el Arte una era jamás conocida en el mundo, siendo sus creaciones muchas y admirables.

¡Qué revolución y qué renacimiento experimentará el Arte cuando por fin impere un estado social digno se la Humanidad! Nada menos que Ricardo Wagner lo reconocía y lo expresaba en 1850 en su obra *Arte y Revolución*. En esta obra digna de atención, porque apareció inmediatamente después de una revolución apenas reprimida, en la cual Wagner tomó parte, obligándole a huir de Dresde, Wagner previó lo que traerá el porvenir, y se dirige directamente a los trabajadores excitándolos a ayudar a los artistas para fundar el verdadero arte. Dice entre otras cosas: “Cuando para los hombres del porvenir no sea ganar la vida el objeto de su existencia, sino cuando, por el contrario, por efecto del advenimiento de una nueva creación o, mejor, de una nueva ciencia, el pan cotidiano esté asegurado por medio de un trabajo natural correspondiente; en suma, cuando la industria, en vez de ser nuestra dueña, sea nuestra sierva, entonces el objeto de la vida será la dicha de vivir y nos esforzaremos en hacer a nuestros hijos aptos y hábiles para gozar de esta dicha. La educación, basada en el ejercicio de la fuerza y en el cuidado de la belleza física, será finalmente, artística, gracias al efecto que se tendrá por el niño y la alegría que causará el aumentar su belleza. Cada hombre, en no importa qué orden de ideas, será de esta suerte un verdadero artista. La diversidad de disposiciones naturales ofrecerá las más variadas direcciones para llegar a una riqueza de la cual no podemos formarnos idea”. He aquí un pensamiento absolutamente socialista.

La vida social revestirá en lo porvenir un carácter cada vez más público, y esta tendencia se percibe ya hoy, como lo prueban, de un modo claro, entre otras cosas, las modificaciones sufridas por las condiciones de la mujer, comparada con lo que era antes. La vida doméstica se reducirá a lo estrictamente preciso, y la necesidad de sociabilidad tendrá ancho campo abierto ante sí. Vastos locales para conferencias, reuniones, discusiones para el examen de todos los asuntos respecto de los cuales la sociedad haya de resolver; salas de recreo, de refectorio, de lectura, de concierto, de teatro; museos, campos para juegos de gimnasia; pasajes y paseos; baños públicos; establecimientos de educación y de instrucción de todo género; hospitales, todo ello establecido y amueblado lo mejor posible, suministrará a cada género de distracción, de arte o de ciencia la ocasión y los medios más amplios de producir su máximo.

¡Qué mezquina figura hará, enfrente de esto, nuestra época, tan alabada, con nuestras adulaciones, con nuestros cinismo, con nuestras luchas encarnizadas, empleando recíprocamente los medios más odiosos y más viles para alcanzar un puesto privilegiado! Se disimulan las verdaderas convicciones, se ocultan las cualidades que pudieran degradar, se castran los caracteres, se fingen falsos sentimientos y falsas impresiones. Cuanto eleva y ennoblece al hombre, la verdadera conciencia de la propia dignidad, la independencia, la incorruptibilidad de las opiniones y de las convicciones, la libre expresión del pensamiento íntimo, todo esto, en las actuales condiciones sociales, son verdaderos defectos y crímenes. Son estas cualidades que llevan indefectiblemente a la ruina a quien las posee, si no se apresuran a ahogarlas. El que tantas gentes no sientan su propio envilecimiento proviene de lo que se han habituado a él. El perro encuentra natural que el amo le golpee en los ratos de mal humor.

LA LITERATURA

En medio de todas estas profundas modificaciones de la vida social, la producción literaria tomará una fisonomía totalmente distinta de la actual. La teología que actualmente suministra la mayor cantidad de producción literaria, desaparecerá por completo; lo mismo ocurrirá con lo relativo a asuntos de derecho y con las producciones relativas a asuntos gubernamentales o sociales, que, a lo sumo, tendrán el carácter de erudición histórica. No se producirá la gran cantidad de obras frívolas, debidas a la depravación del gusto o a los sacrificios del autor para darlas a luz. Sin exageración puede decirse, tomando por base las circunstancias actuales, que las cuatro quintas partes de las producciones literarias podrían desaparecer del mercado sin que con ello sufriera interés alguno la ciencia: tan grande es la cantidad de obras superficiales, nocivas y sin ningún valor.

Con las bellas letras y el periodismo ocurrirá lo propio. No existe nada más triste, más superficial, menos provisto de gracia, que nuestra literatura periodística. Si hubiera de juzgarse de la riqueza de nuestra cultura intelectual y de nuestras ideas científicas por el contenido de la mayor parte de nuestros periódicos, ¡cuán mezquina idea se formaría! El valor de las personas, el estado de las cosas, son juzgados desde puntos de vista que datan de siglos pasados y que la ciencia hace tiempo demostró que eran ridículas e insostenibles. Y esto se explica. Una gran parte de nuestros periodistas son “gente que han errado de vocación”, pero cuyo estado de educación y sus pagados razonamientos están en relación con el interés burgués. Además, los periódicos, y lo mismo las más de las hojas literarias, tienen por principal objeto favorecer anuncios y los peores reclamos: al mismo interés responde la crónica de la Bolsa.

Tomada en su término medio la literatura de las bellas artes, no vale más que la del periódico. Trata señaladamente motivos de orden sexual con todas sus deformidades, tan pronto sacrificándose a las frivolidades de un hecho bastardo, como a los prejuicios y a las supersticiones más ineptas. Hay que presentar el mundo burgués como el mejor de los mundos, a pesar de todos sus defectos, que se confiesen en secreto.

También este terreno, tan vasto y tan importante, pondrá orden la sociedad del porvenir. No habrá otros maestros que la Ciencia, la Verdad y la Belleza y a todo aquel que demuestre capacidad y voluntad de ser útil no le faltarán medios de lograrlo. No dependerá el hombre que escriba de la voluntad de un editor, del interés del dinero ni de los prejuicios a que se halla hoy sujeto, sino del juicio de personas competentes e imparciales.

EL BIENESTAR GENERAL

Si el individuo ha de instruirse de un modo completo -y este debe ser el objeto de la asociación humana- no debe estar siempre pegado al terruño en que el azar le hizo ver la luz. Los libros y los periódicos podrán enseñarle a conocer el mundo pero nunca a fondo. Es preciso ver las cosas por sí mismos y hacer el estudio de una manera práctica. La sociedad futura sería impotente para impedir lo que es posible a muchas gentes en el presente estado social, aunque en los más de los casos sea el azote de la miseria quien lo determine: hacemos referencia a los movimientos de emigración. La necesidad de cambio en todas las condiciones de la vida tiene raíces profundas en la naturaleza humana. Esta tendencia refleja los instintos de perfeccionamiento, que son innatos en todo ser orgánico. Una planta colocada en un lugar oscuro se extenderá y elevará, como consciente de sus actos, hacia la luz que penetre por

cualquier agujero. Exactamente lo mismo ocurre en el hombre. Y un instinto que, innato en él es un instinto natural, debe encontrar el medio de ser satisfecho.

La satisfacción del instinto de cambiar no encontrará obstáculos en la sociedad nueva, que, por el contrario, la hará posible a todos. El perfecto desarrollo de las vías de comunicación favorecerá este instinto, que no entorpecerán las relaciones internacionales. A todos les será posible realizar sus viajes de vacaciones, los cuales no serán difíciles de organizar. Todo individuo podrá visitar los países que apetezca con sólo agregarse a una expedición cualquiera, a condición, empero, de producir en cambio, alguna cosa útil a la sociedad.

La administración de la sociedad deberá velar a fin de que haya siempre aprovisionamiento de cuanto sea preciso a la vida en cantidad suficiente para responder a todas las necesidades. Esta será una labor de sencilla realización. La sociedad regulará la duración del trabajo con arreglo a sus necesidades, pudiendo ser más corta o más larga la jornada según las exigencias, según la estación y otras circunstancias. Podría dedicar preferentemente sus fuerzas a la producción agrícola en esta estación, a la industrial en la otra, y dirigir siempre las fuerzas productivas a resolver las necesidades y conveniencias cotidianas. Utilizando, pues, debidamente combinadas, el esfuerzo muscular y los útiles técnicos, la sociedad podrá llevar acabo sin gran esfuerzo empresas que hoy parecen de imposible realización.

No sólo la sociedad se encargará de los cuidados de la juventud, sino que no abandonará a los ancianos, a los enfermos y a los inválidos. Será su deber intervenir en favor de cada uno de sus miembros que, no importa por qué causa, haya llegado a ser incapaz para el trabajo. Todos los cuidados y todas las atenciones le serán aseguradas mediante los recursos de la Ciencia, que tratarán de tornarle en miembro activo de la sociedad, la cual hará cuanto pueda para hacer menos penosos sus últimos días. Jamás la idea de que esperan su muerte para “heredar” turbará ni amargará su existencia; jamás deberá inquietarse pensando en que viejo, privado de recursos, será arrojado como limón que dio todo su zumo. No se verá reducido, ni a ser una carga para los suyos, ni a recibir la denigrante limosna.²³

LA ALIMENTACIÓN: EL VEGETALISMO

El estado moral y físico de la sociedad, su sistema de trabajo, habitación y vestido, sus condiciones sociales, en suma, contribuirán a impedir los accidentes y multitud de enfermedades y achaques. La muerte natural por la extinción lenta de la vida será cada día más la regla general; y la convicción de que el “Cielo” está en la tierra y que morir es llegar al fin, determinará a cada uno vivir según la Naturaleza.

A este modo de vivir natural pertenece desde luego el hecho de beber y de comer razonablemente. Los partidarios de lo que se llama “régimen natural” preguntan con frecuencia por qué los socialistas observan una actitud indiferente respecto al vegetarianismo. Cuestión es ésta que nos mueve a dedicarle unas líneas.

El *vegetalismo*, es decir, el régimen que consiste en alimentarse exclusivamente de vegetales, ha nacido en aquellas clases de la sociedad que se encuentran en la agradable situación de poder elegir entre la nutrición vegetal o la animal. Pero para la gran mayoría de los seres

²³ El hombre que ha pasado su vida entera hasta edad avanzada trabajando honrada y asiduamente, no debe vivir en su vejez ni de la caridad de sus hijos ni de la sociedad burguesa. Una vejez independiente, libre de todo cuidado, de toda pena, es la recompensa más natural de los esfuerzos no interrumpidos hechos en los años de salud y de fuerza”. (Von Thünen, *El Estado aislado*). ¿Pero ocurren así las cosas en la sociedad burguesa?

humanos esta cuestión no existe, dado a que se ven obligados a vivir según sus medios, cuya insuficiencia le constriñe a la alimentación vegetal exclusiva, y por cierto a la menos substanciosa.

Para muy numerosas familias de nuestra población, en Silesia, Sajonia, Turingia y en todos los distritos industriales, la patata es el principal alimento; el pan queda en segundo término, la carne, aún la de ínfima calidad, jamás aparece en la mesa. Lo mismo ocurre en la población rural; no come carne aunque críe ganado, porque se ve obligada a venderle para atender a otras necesidades con el producto de su venta.

Para todos estos *vegetarianos* forzosos, un buen bistec, un excelente asado de carnero, constituirían desde luego una ventaja para su alimentación. Cuando el *vegetalismo* se levanta contra la estima exagerada de las cualidades nutritivas de la carne, tiene razón; no la tiene cuando combate el uso de la carne como pernicioso y temible por medio de argumentos casi todos de un sentimentalismo exagerado, tales como que el sentimiento natural prohíbe matar los animales y comer un cadáver. Y, sin embargo, nuestro deseo de vivir agradable y tranquilamente nos obliga a declarar la guerra a multitud de seres vivientes bajo la forma de alimañas y sabandijas de todo género: para no ser devorados nosotros mismos tenemos que exterminar a las bestias feroces. Si dejamos vivir en toda libertad a los animales domésticos, estos “buenos amigos del hombre” nos echaríamos encima, tal cantidad de “buenos amigos”, que al cabo de unos años nos devorarían tomándonos como alimento suyo. Es también exagerado pretender que la alimentación vegetal dulcifica los sentimientos. El indio, de carácter benigno, que se alimenta sólo de vegetales, se muestra como bestia feroz cuando la dureza de los invasores lo lanza a la rebelión.

Sonderverger está en lo cierto cuando dice: “No existe clasificación respecto de la mayor o menor necesidad de estos o de aquellos alimentos; pero si hay una ley inmutable para la mezcla de los elementos nutritivos”. Es evidente que ningún hombre consentiría alimentarse exclusivamente de carne, y que aceptaría una alimentación vegetal a condición de poderla escoger a sus gusto. Por el contrario nadie se conformaría con una alimentación vegetal determinada, así esta fuera la más substanciosa posible. Las judías, los guisantes, las lentejas, en una palabra, todas las leguminosas, son las más nutritivas de las substancias vegetales: estar obligado a nutrirse no más que de ellas es terrible. Carlos Marx relata en *El Capital* que los propietarios de las minas de Chile obligaban a sus obreros a comer judías durante todo el año, porque este alimento les da vigor y les pone en situación mejor que lo haría ningún otro alimento, de trasportar enormes pesos. Los obreros rechazaban las habichuelas, mas como no tenían otro medio de nutrición, se veían obligados a aceptarlas.

Se observa de un modo sensible que a medida que la civilización vegetal ha entrado en los hábitos, substituyendo a la alimentación exclusivamente animal, propia de los pueblos cazadores y pescadores. La variedad en el cultivo de las plantas es principalmente la señal de un alto grado de civilización. A esto debe añadirse que de una superficie dada de terreno, puede obtenerse más substancias alimenticias que carne se produciría dedicándola a la cría del ganado. Por esto la alimentación vegetal desempeña cada día un papel más importante, y la importación de la carne de otros países, -particularmente de la América del Sud- terminará dentro de pocos años. Por otra parte, debe considerarse que la cría del ganado, no se realiza únicamente por la carne, sino también por la lana, el pelo, las pieles, los huevos, la leche, etc., aparte de diversas industrias, que de ella dependen. Por último, los mares abrirán a la Humanidad sus tesoros casi inagotables de alimentos animales casi desconocidos hasta hoy. El *vegetalismo*, como sistema exclusivo de alimentación, no es conveniente ni necesario para la sociedad futura; además, no es posible.

Pero en la sociedad del mañana se tendrá más en cuenta la calidad que la cantidad. Esta significa poco cuando no se tiene muy en cuenta la otra. La calidad de la alimentación será,

pues, convenientemente mejorada y preparada lo más científicamente posible. Parécenos inútil insistir aquí sobre el punto de que la mayor parte de nuestras mujeres, a quienes incumbe la preparación de los alimentos no están ni pueden estar en posesión de los conocimientos técnicos necesarias al efecto. Visitando la cocina de un hotel, de un cuartel, de un hospital, a una exposición de arte culinario, podemos convencernos de que existen aparatos para la cocción y el asado, de una gran perfección técnica; o sea construidos según principios científicos, con los cuales aparatos se consigue ahorro de tiempo y de material, detalles importantes por lo que respecta a la alimentación humana. Desde este punto de vista, la pequeña cocina particular para un hogar único pasa a la historia: exige fuerza, material y tiempo de una manera insensata. La preparación de los alimentos será en la sociedad nueva una institución de carácter social, colocada en el más alto grado posible de la utilidad y de la ventaja, desapareciendo la cocina del hogar. El valor nutritivo de los alimentos aumenta en razón de su facultad de fácil asimilación; lo cual es importantísimo.²⁴ Únicamente la sociedad nueva puede hacer posible para todos un sistema de alimentación conforme con la Naturaleza.

Catón decía en su elogio a la antigua Roma, que hasta el siglo XVI de su existencia (200 años antes de Jesucristo), había individuos que conocían los remedios, pero los que se dedicaban a curar enfermos carecían de trabajo. Las personas vivían de un modo tan sencillo y tan sobrio que raramente se producían enfermedades, y el género de muerte más habitual era la producida por debilidad senil. Este estado de cosas no cambió sino cuando la disipación y la ociosidad, en una palabra, el desarreglo de la vida para unos, la miseria y los tormentos para otros, ocasionaron víctimas. “Quien come poco vive bien”, es decir, mucho tiempo, ha escrito el italiano Cornaro en el siglo XVI, según cita Deniemeyer.

Por último, la química servirá igualmente en lo porvenir para preparar alimentos nuevos y perfeccionados, y esto en una medida desconocida hasta hoy. A la hora presente se hace de esta ciencia un mal uso, para facilitar engaños y falsificaciones. Es claro que un alimento químicamente bien preparado, teniendo las mismas propiedades que un producto natural, debe llenar el mismo objeto. El modo cómo haya sido preparado es cosa secundaria desde el momento que el producto responde a cuanto de él se pide.

DESAPARICIÓN DE LA “MUJER DE SU CASA”: LAS RELACIONES SEXUALES Y MATRIMONIALES

Que se agreguen a los establecimientos centrales de preparación de alimentos la fundación de instalaciones, también centrales, de limpieza donde la ropa toda sea lavada, secada, repasada y preparada por procedimientos mecánicos y químicos; que se tengan a mano, a más de la calefacción y alumbrado centrales, distribuciones de agua fría y caliente; que la “ropa blanca” y el vestido se confeccione en talleres centrales, y de este modo la vida doméstica será fundamentalmente transformada y simplificada. El “criado”, el esclavo de todas las servidumbres, desaparecerá y también la “mujer de su casa”.²⁵ La mujer en la sociedad nueva

²⁴ “La facultad de asimilación de los alimentos tiene gran importancia para el individuo”. (Viesneyer, *Gesundheitsfrage*).

²⁵ “Sin criados no hay civilización”, exclamaba cómicamente Von Treitschke en una polémica contra el socialismo. Que “los criados sean los pilares de nuestra civilización”, he ahí ciertamente una novedad. Y le es tan difícil a la cabeza profesoral y sabia de Von Treitschke ver más allá del mundo burgués, como le era a Aristóteles, hace veinte siglos, ver más allá del mundo griego. Von Treitschke se rompe la cabeza para averiguar quien le limpiará las botas y la ropa; lo cual, en efecto, es una cuestión que “provisoriamente” aún no está resuelta. Pero hoy, de cien individuos, más de noventa realizan por sí mismos esta tarea; los diez restantes podrán hacer lo mismo, si en este intervalo no vienen las máquinas a facilitar la labor, o si el señor profesor no encuentra un muchacho complaciente

gozará de una independencia completa, no estará sometida a ninguna explotación ni dominación; estará colocada ante el hombre en un pie de libertad y de igualdad absolutas.

Su educación será la misma que la del hombre, salvo el caso en que la diferencia del sexo haga inevitable una excepción de esta regla y exija un modo particular de desarrollo. La mujer podrá, en condiciones de existencia verdaderamente conformes a la naturaleza, desarrollar todas sus aptitudes físicas y morales; será libre para ejercer su actividad, de elegir el terreno que mejor le cuadre a sus aptitudes, a su vocación, a sus inclinaciones y a sus disposiciones. Colocada en las mismas condiciones que el hombre, será tan activa como él. Mejor aún, empleada desde luego como obrera en algún trabajo práctico prestará después sus cuidados a la educación y a la instrucción de la juventud, y durante la tercera parte de la jornada ejercitará en un arte o en una ciencia, para llenar, en fin, en un último período, alguna función administrativa. El recreo y la distracción los disfrutará, o con sus semejantes, o con los hombres, según le plazca y según las condiciones.

Gozará al igual que el hombre en entera libertad en la elección del objeto de su amor. Se unirá al hombre sin tener otra cosa en cuenta que su inclinación. Esta unión será como en los tiempos primitivos, un contrato privado, sin intervención de ningún funcionario; pero con la diferencia de que la mujer no caerá, por virtud de una compra o de un regalo, en las manos de un hombre del cual sea la esclava y el que podrá hacer de ella cuanto se le antoje.

El ser humano deberá encontrarse en condiciones de obedecer al más poderoso de los instintos tan libremente como a todas las demás inclinaciones naturales. La satisfacción del instinto sexual es cosa tan natural en todo individuo como la de cualquier otro instinto que la Naturaleza le haya dado. La inteligencia, la educación, la independencia harán la elección fácil; si resultará incompatibilidad, si las consortes fueran antipáticas el uno a otro, la Moral ordenará anular la unión que fuera tan contraria a la Naturaleza y a las costumbres. Existiendo los hombres y las mujeres en cantidad igual, todas las circunstancias que condenan multitud de las últimas al celibato y a la prostitución desaparecerán, y por consecuencia, los hombres no estarán en el caso de tomar como excusa la desproporción numérica de los sexos. Por otra parte, las modificaciones radicales sufridas por las condiciones sociales quitarán todos los obstáculos y suprimirán todas las causas de desorganización que influye en la vida conyugal y la impiden con tanta frecuencia llenar su cometido.

Todos estos obstáculos y cuanto existe de contrario a la Naturaleza en la condición actual de la mujer, han contribuido a hacer considerar como justo, que la elección del amor sea libre y de que la unión de los sexos pueda verificarse sin trabas de ningún género. Por eso en el curso de una polémica dirigida contra los esfuerzos hechos por Janny Sewald para la emancipación de la mujer, decía Matilde Richart-Stromberg lo que sigue: “Si reclaman para la mujer igualdad absoluta de derechos con el hombre en la vida social y política, Jorge Sand tenía perfecta razón al pretender para la misma lo que el hombre posee desde tan largo tiempo. No hay razón alguna para que la cabeza y el corazón de la mujer no puedan moverse lo mismo que en el hombre. Por el contrario, si la mujer, en razón a su naturaleza tiene el derecho y también del deber -porque no podemos dejar de aceptar los que nos incumben- de poner en tensión su cerebro para luchar con los gigantes intelectuales del otro sexo, debe tener, como ellos, para mantener el equilibrio, el derecho de acelerar los latidos de su corazón de la manera que juzgue más conveniente. Todos hemos leído sin que nuestro pudor se irritara, cuán a menudo Goethe, por no citar más que un grande ejemplo, ha gastado cada vez en una nueva mujer todo el calor de su corazón y todo el entusiasmo de su gran alma. El hombre de buen sentido no encontrará nada que no sea natural en esto, precisamente porque la grande alma de Goethe era difícil de

que le saque del apuro, porque espero que alcanzará los tiempos nuevos. Además, el trabajo no deshonra, aunque consista en embetunar botas, y más de un miembro de la rancia nobleza, emigrado a América a causa de sus deudas, convertido en mozo de cuerda o camarero, ha podido convencerse de ello.

satisfacer; sólo el moralista estrecho se detiene... ¿Y por que no de han de ver de igual modo las “grandes almas de las mujeres”?... “Admitamos por el momento, que el sexo femenino entero se componga sin excepción de “grandes almas” al igual que la de Jorge Sand: que cada mujer sea una Lucrecia Eloriani, cuyos hijos lo sean todos del amor, pero a la que se eduque y quiera con menos cuidado y cariño que a los que sean fruto del cariño y de la razón. ¿Qué sería el mundo en estas circunstancias? No es dudoso suponer que subsistiría como hoy, pero notablemente mejorado”.

La autora tiene razón. Lo que hizo Goethe lo han hecho millares de otros que no tienen con él comparación posible; lo han hecho y lo hacen sin perder por ello la menor estimación ni la más leve parte de la consideración social. Basta colocarse en un punto de vista particular. Las mujeres de la categoría de Jorge Sand son hoy rarísimas. A pasar de esto, una situación del género que nos ocupa, es en nuestros días contraria a las costumbres porque esquivas las leyes morales establecidas por la sociedad y está en contradicción con la naturaleza misma de nuestro estado social. El matrimonio obligado es para la sociedad el matrimonio “normal”, la sola unión “moral” de los sexos; fuera de aquí, toda otra unión sexual -trátese de la que se quiera- es “inmoral”. Se comprende perfectamente. El matrimonio burgués es la resultante de la propiedad burguesa. A este matrimonio, estrechamente ligado a la propiedad individual, al derecho hereditario, le son necesarios hijos “legítimos” para “herederos” y para llegar a tal objetivo se realiza.

Finalmente como en la sociedad nueva no habrá nada que legar, salvo que se considere el mobiliario doméstico como una parte importante de la herencia, el matrimonio obligado caerá en desuso por esta razón. Con ello se habrá agotado la cuestión del derecho hereditario, que el Socialismo no tendrá necesidad de abolir.

La mujer será, pues, enteramente libre; y sus hijos, si los tiene, no podrán menos que aumentar su felicidad sin quitarle nada de su independencia. Guardianas institutrices, amigas jóvenes de su sexo, se encontrarán a su lado cuando necesiten auxilio.

Puede que en lo porvenir se encuentren hombres que digan como Humboldt: “Yo no estoy hecho para ser un padre de familia. Desde luego considero el matrimonio como un pecado y hacer hijos como un crimen”. ¿Qué puede esto importar? La potencia del instinto sexual establecerá el equilibrio, y no tenemos por qué inquietarnos hoy con el pesimismo filosófico de Mainlander o de Von Herman, que en *El Estado ideal* deja entrever la destrucción de la sociedad por ella misma.

Por el contrario, F. Natzd, tiene plenamente razón cuando escribe:

«El hombre no debería considerarse por más tiempo como una excepción de las leyes de la Naturaleza, sino comenzar, por el contrario, a buscar lo que en sus propias acciones y pensamientos va de acuerdo con ella, y esforzarse en dirigir su vida según estas leyes. Así llegará a organizar la vida común con sus semejantes, es decir, la familia y el Estado, no según leyes de siglos pasados, sino según leyes razonables de una noción exacta de la Naturaleza”.

“La política, la Moral, los principios fundamentales del Derecho, alimentados hoy en todas las fuentes posibles, no deberán ser encauzados sino conforme a las leyes naturales”

“La existencia verdaderamente digna, acerca de la cual se divaga desde millares de años, será al cabo una realidad”». ²⁶

²⁶ Cita hecho por Haeckel en *La Historia Natural de la Creación*.

ESENCIA INTERNACIONAL DE LA SOCIEDAD SOCIALISTA

La existencia digna del hombre no puede ser privilegio de ningún pueblo, el cual no lograría fundar ni mantener un estado de cosas que sólo puede hacerse efectivo mediante el esfuerzo común de todas las naciones. Aunque por doquiera la idea de nación domine aún en los espíritus y sirva para mantener el poder político y el estado social presente, no por eso puede negarse que hemos entrado en la época del internacionalismo.

Los convenios comerciales y marítimos, los tratados postales universales, las Exposiciones internacionales, los Congresos de Derecho y para la unificación de medidas, los de obreros, las expediciones internacionales de explotación, nuestro comercio y nuestro tráfico, todo ello y muchas otras cosas acusan el carácter internacional que han tomado las tendencias de los diversos pueblos civilizados, a pesar de sus límites nacionales, a través de los cuales se han abierto camino. Ya, en oposición al trabajo nacional, hablamos de un trabajo internacional, al cual atribuimos la mayor importancia, porque de las condiciones de las cuales se habla dependen el bienestar y la prosperidad de las naciones. Cambiamos gran parte de nuestros productos propios con otros países extranjeros, sin los cuales no podríamos vivir, y lo mismo que una rama de la industria sufre cuando tal otra peligra, así la producción nacional de un país se encuentra fuertemente amenazada cuando la de otros languidece. Las relaciones de los distintos países entre sí serán cada vez más estrechas, a pesar de todas las perturbaciones que puedan sobrevenir, tales como las guerras y las excitaciones nacionales, sobre todo porque los intereses materiales de los más poderosos lo requieren. Cada vía nueva, cada mejora de un medio de comunicación, cada descubrimiento o perfeccionamiento de un sistema de producción, teniendo por resultado disminuir el precio de las mercancías, refuerza la intimidad de estas relaciones. La emigración y la colonización son otra poderosa palanca. Un pueblo aprende de otro, y los dos tratan de sobrepujarse en una lucha de emulación. Al lado del cambio de los productos materiales de todo género se opera igualmente el cambio de productos intelectuales. El conocimiento de las lenguas vivas es una necesidad para millones de individuos. Al lado de los intereses materiales, nada dispone de tanto a la supresión de las antipatías como el conocimiento de la lengua y de los productos intelectuales de un pueblo extranjero.

Los progresos que en este sentido se realizan en todas las naciones dan por resultado que éstos se asemejen más cada día en sus condiciones sociales. Para las naciones civilizadas más avanzadas en el progreso, y que, por ejemplo, por esto mismo, pueden servir de punto de comparación, esta semejanza es tan grande que quien conoce la estructura social de un pueblo conoce asimismo en líneas generales la de todos los otros. Ocurre en esto lo que en la Naturaleza, donde todos los animales de una misma especie tienen el mismo esqueleto en cuanto a organización y estructura, lo que no impide que se manifiesten variaciones en la talla, en el vigor y en otras particularidades accesorias.

Se desprende de lo dicho que por doquiera existen bases sociales idénticas, cuyos efectos deben ser también los mismos: la acumulación de grandes fortunas, que tienen como contraste la pobreza de las muchedumbres; la esclavitud del salario, la servidumbre de las masas a la máquina, y la dominación de una minoría sobre el mayor número con todas las consecuencias que se derivan.

Vemos que, de hecho, los mismos contrastes que se observan en Alemania, por ejemplo, se ven en el resto de Europa y en las demás regiones del globo. Desde Rusia hasta Portugal, desde los Balcanes e Italia hasta Inglaterra e Irlanda, reina el propio descontento, existen los mismos síntomas de fermentación social, de malestar general y de descomposición, pareciendo diferentes en sus manifestaciones externas, según el carácter de la población y la forma del

estado político, pero siendo en el fondo esencialmente iguales. Y cada año que transcurre los profundos contrastes sociales se hacen más agudos, impregnando más honda y extensamente al cuerpo social hasta que, quizás con un motivo insignificante ocurra la explosión y se extienda como reguero de pólvora por todo el mundo civilizado, llamando a todos los espíritus a participar en la lucha en pro o en contra del progreso.

Estallará la guerra entre el mundo nuevo y el viejo mundo, entrando en batalla extraordinarias masas de hombres.

Al fin la nueva sociedad se edificará sobre una base internacional. Las naciones fraternizarán, se tenderán nuevamente las manos y pensarán en extender el nuevo estado de cosas por todos los pueblos de la tierra.²⁷ Irán a ellos, no como enemigos que tratan de explotarlos y sojuzgarlos, no como representantes de una idea que quieren imponer, sino como amigos que desean hacer de ellos hermanos.

Reunidos los pueblos en una vasta Federación, habrá llegado la hora de que “callen los furiosos de la guerra”. La paz eterna dista mucho de ser un sueño, como creen o fingen creer todos los señores de uniforme. Tiempos vendrán en que los pueblos conozcan su verdadero interés, y en que se convenzan de que la salvaguardia del mismo no está en los combates, en las batallas, en los preparativos guerreros que arruinan al país, sino en todo lo contrario. Así las últimas irán, como sus antepasadas, a las colecciones de antigüedades, para enseñar a las futuras generaciones cómo sus predecesores se desgarraron por millares de años, hasta que al cabo el ser humano triunfó en sí mismo de esta bestia feroz.

Las generaciones futuras realizarán sin esfuerzo tareas en las cuales los espíritus superiores de otros tiempos habían pensado, aunque sin disponer de los medios para hacerlas efectivas.²⁸ Un progreso de la civilización traerá otro, imponiendo a la humanidad nuevos deberes y conduciéndola a un desarrollo intelectual cada vez más vasto.

²⁷ “En interés nacional y el interés de la Humanidad se hallan hoy en plena hostilidad. En un grado de civilización más elevado, los dos intereses vendrán a unirse y no formarán más que uno”. (Von Thünen, *El Estado aislado*).

²⁸ Así Condorcet, uno de los enciclopedistas franceses tuvo, entre otras, la idea del idioma universal común, y defendió asimismo la completa igualdad de derecho para la mujer.